



Economistas
sin Fronteras

Dossieres EsF
Nº 15, otoño de 2014

LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA



ÍNDICE

PRESENTACIÓN: LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA	4
<i>José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid)</i>	
<i>José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)</i>	
LA DOCENCIA DE LA ECONOMÍA	8
<i>Fernando Esteve (Universidad Autónoma de Madrid)</i>	
<i>José Manuel Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid)</i>	
LA INTERDISCIPLINARIEDAD EN LA FORMACIÓN DE LOS ECONOMISTAS	16
<i>Juan A. Gimeno (UNED y Presidente de Economistas sin Fronteras)</i>	
LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO: UN ANTÍDOTO CONTRA LA TIRANÍA DE LO "ÚTIL".	21
<i>Fernando López Castellano (Universidad de Granada)</i>	
NO EXISTE ECONOMÍA SIN ÉTICA: LA ÉTICA EN LA FORMACIÓN DE LOS ECONOMISTAS	25
<i>Fernando García Quero (Universidad de Granada y Economistas sin Fronteras)</i>	
<i>Jorge Ollero (jurista de Instituciones Penitenciarias)</i>	
MIRANDO LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA DESDE EL FEMINISMO	30
<i>Mertxe Larrañaga (Universidad del País Vasco /EHU)</i>	
LA ECONOMÍA EN LA ENSEÑANZA SECUNDARIA.	34
<i>Daniel Rodríguez (profesor de Enseñanza Secundaria y voluntario de Economistas sin Fronteras)</i>	
LA IMPORTANCIA DE LA FORMACIÓN ECONÓMICA EN LA VIDA COTIDIANA	38
<i>Francisco Cervera (profesor de Enseñanza Secundaria y voluntario de Economistas sin Fronteras)</i>	
EL LIBRO RECOMENDADO: LA CIENCIA HUMILDE, DE ALFREDO PASTOR	43
<i>María Jesús Vara (Universidad Autónoma de Madrid)</i>	



Economistas sin Fronteras (EsF) es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria y sostenible, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En Economistas sin Fronteras creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de Economistas sin Fronteras y colaborar de forma periódica con nosotros, cumplimenta el formulario disponible en nuestra web:

www.ecosfron.org

O en el teléfono **91 398 97 26**

Si crees que nuestros Dossieres te aportan nuevos puntos de vista sobre la economía y quieres apoyarnos, realiza una aportación:

DONA AHORA

La ley 49/2002 de 23 de diciembre (BOE 24/12/2002), de régimen fiscal de las entidades sin fines lucrativos, establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota del IRPF.

CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno - Coordinador
Luis Enrique Alonso
María Eugenia Callejón
Marta de la Cuesta
José Manuel García de la Cruz
Juan A. Gimeno
Carmen Valor



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons **Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional**.

Coordinación de este número:

José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid)

José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)

Maquetación: María Cerrato (Economistas sin Fronteras)

Imagen: www.flickr.com

Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

Los textos de este dossier reflejan exclusivamente la opinión de sus autores, que no tiene por qué coincidir con la posición institucional de EsF al respecto.

LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA

José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid) y José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)

Sin duda, son los problemas actuales los que han puesto en el punto de mira de la sociedad el saber de los economistas. Pero, sin ánimo de polemizar, se puede decir que la crisis de los conocimientos económicos -y del desasosiego de los economistas sobre sus propias capacidades profesionales- se podría datar en los años setenta. En efecto, el prestigio social de los economistas como profesión estuvo acompañado de los éxitos de las economías europeas y norteamericana después de la segunda guerra mundial y de la inclusión de economistas en los ámbitos del poder político; así que con la crítica a la acción interventora del Estado -iniciada con los primeros síntomas del agotamiento del ciclo de crecimiento posbélico-, se inició el cuestionamiento del conocimiento “científico” de la Economía. Lo cual no deja de ser otra de las paradojas de nuestro tiempo, ya que, mientras se critica a los economistas, se reconoce la importancia y la necesidad de conocimientos de Economía para el desarrollo personal y social.

Ante esta situación, son numerosos los economistas que se lamentan en público de que el poder, del que se sienten hipócritamente alejados, no les hace caso. Lo que llama la atención es la proliferación de soluciones, hecho que no hace sino aumentar la confusión general. Ya advirtió Winston Churchill: “Si usted pone dos economistas en una habitación, obtendrá dos opiniones diferentes; a menos que uno de ellos sea Lord Keynes, en cuyo caso tendrá invariablemente tres opiniones bastante diferentes”.

Pero hay más, como la propia dificultad de definir qué es la Economía como disciplina científica. Y, junto a ello, la de identificar qué es un economista. No daremos respuestas a estas preguntas, presentes en los textos de este dossier, pero si debemos señalar que entre los profesionales de la Economía -incluidos los investigadores en este campo- se ha generalizado el ocultamiento de las preguntas y el silencio como respuesta. En gran medida, la realidad está dando la razón a Jacob Viner, para quien “la Economía es lo hacen los economistas”. Pero, ¿qué hacen los economistas? Hemos hecho referencia a los economistas incrustados en los gabinetes políticos, pero economistas

hay en las empresas grandes y pequeñas, en los bancos, en asociaciones sin fines de lucro, intervienen en finanzas, en la producción, en el comercio, en programas de asistencia social: parecen inevitables en casi todo. Como diría Alfred Marshall, los economistas estudian y facilitan cómo se gana la vida la gente normal -y ellos mismos, debemos añadir, con esta actividad.

El tema, lejos de aclararse, se complica. Al incorporar a la gente, aparece la ideología: específicamente al incluir necesariamente las relaciones entre la propia gente, o, en otros términos, a la sociedad. Pero, ¿qué es la sociedad? ¿Suma de individuos o algo diferente a cada uno de ellos? ¿Es el comportamiento social resultado de la suma de los comportamientos individuales o, al contrario, es la sociedad, su configuración y dinámica, la que condiciona el comportamiento de sus individuos? Las respuestas que combinaran ambas posiciones serían, seguramente, las más aceptadas. Sin embargo, los economistas, en un afán de análisis científico, en la búsqueda de la belleza formal de las ciencias naturales, han optado por simplificar los supuestos, por matematizar los comportamientos, tanto sociales como individuales, y negar la raíz social y moral de su origen. El resultado ha sido que, bajo un supuesto conocimiento científico, se hacen ofertas de ingeniería social que niegan el protagonismo de la gente sobre las decisiones que afectan a su vida particular y al futuro de la sociedad.

No debe sorprender que hayan sido los estudiantes de Economía, todavía no instalados en el universo profesional, quienes hayan dado las más sonoras voces de alarma ante este hecho. En la primavera del año en curso vio la luz un manifiesto inicialmente suscrito por 42 asociaciones de estudiantes de Economía de 19 países (al que se han ido sumando otras, entre ellas varias españolas) que lleva por título **“Llamamiento internacional de estudiantes de económicas a favor de una enseñanza pluralista”**. Se trata de un muy breve documento -al que también hacen referencia varios artículos de este dossier- cuya lectura no puede dejar de recomendarse a quien se interese por la problemática de la enseñanza de la Economía.

Pero merece particularmente la pena dejar constancia aquí de su primer párrafo, porque refleja con rotunda claridad la preocupación central del presente número de *Dossieres EsF*: “No es sólo la economía mundial la que está en crisis. La enseñanza de la Economía también está en crisis, y esta crisis tiene consecuencias que van más allá de la universidad. Lo que se enseña en la universidad moldea la mentalidad de las próximas generaciones de políticos y, por tanto, da forma a la sociedad en que vivimos. Nosotros, 42 asociaciones de estudiantes de Economía de 19 países diferentes, creemos que es hora de reconsiderar la manera en que se enseña la Economía. Estamos insatisfechos con el empobrecimiento progresivo del plan de estudios que ha tenido lugar a lo largo del último par de décadas. Esta falta de diversidad intelectual no sólo perjudica a la educación y a la investigación, sino que limita nuestra capacidad para enfrentarnos a los retos del siglo veintiuno -desde la estabilidad financiera hasta la seguridad alimentaria y el cambio climático-. Hay que dejar que el mundo real vuelva a entrar en las aulas, y que con él vuelvan el debate y el pluralismo de teorías y métodos. Esto ayudaría a renovar la disciplina y permitiría crear un espacio donde se puedan generar soluciones a los problemas de la sociedad”.

Se trata de una más que razonable llamada al pluralismo -en las teorías, en los métodos y en las disciplinas- que pretende movilizar a la profesión, a la Universidad y a la sociedad frente al empobrecimiento que supone el creciente monopolio en la enseñanza de la Economía de un pensamiento único, unilateral y monocorde, heredero del pensamiento neoclásico de finales del XIX y de la llamada revolución neoliberal del XX, cada vez más centrado en sí mismo, más autista (no por casualidad, los firmantes del manifiesto se declaran seguidores de una **Economía post autista**) y más aislado de otros enfoques, otras disciplinas y referencias históricas y cada vez, también, más matematizado y obsesionado con la cuantificación. Un pensamiento volcado en los instrumentos, pero huérfano de finalidad y de sentido, erigido en torno a la centralidad del presunto comportamiento racional de agentes escasamente humanos (*homo oeconomicus*), ponderadores sólo de costes y beneficios y que actúan en un marco (mercado) conscientemente ajeno a la realidad, en el que -en pobre imitación de la Física newtoniana- no incidiría ninguno de los innumerables factores de todo tipo que inevitablemente lo condicionan severamente en la vida real. Un pensamiento, además, que -con el remunerador apoyo del poder económico, al que constitutivamente contribuye a legitimar- se autoconfiere categoría científica, posicio-

nándose como una disciplina manifiestamente superior y dominante a las restantes ciencias sociales, a las que cada vez más coloniza.

Como el propio manifiesto reconoce, el llamamiento no pretende ser necesariamente un ataque a esa forma de entender la Economía (aunque no pueda ocultar el descrédito que le merece) ni olvida que la situación no es la misma en todos los centros académicos ni en todos los países: sólo constata el déficit formativo que implica su abrumador dominio y la consiguientemente creciente marginación de otras perspectivas. Una situación que adquiere los visos de adoctrinamiento en un paradigma muy discutible convertido en verdad científica atemporal, asocial, universal, inmutable e incontestable, que parece paradójico que se entienda como ineludible y único camino formativo de profesionales que -como en toda otra disciplina académica- deberían tener en el conocimiento de otras concepciones y en el contraste y en el debate entre ellas insustituibles pautas de aprendizaje, maduración y entrenamiento. Sólo así, como destacan los estudiantes con el manifiesto mencionado, podrían forjarse óptimamente los profesionales que requiere la compleja realidad económica que en todos los niveles -macroeconómico, institucional, empresarial, particular...- caracteriza a nuestro mundo y podrían consolidar la agudeza de análisis, ponderación de juicio y destreza de intervención necesarias para afrontar con mayor éxito sus casi innumerables gravísimos problemas.

Es una constatación con la que coincidimos plenamente quienes hacemos este número de *Dossieres EsF* y a cuyas consecuencias responde, como decíamos, tanto la preocupación que está en su base como su contenido. Un contenido en el que no hemos querido dejar de lado vertientes estrechamente relacionadas con el tema central -tan relevantes como la situación de la enseñanza de la Economía en niveles pre-universitarios y la importancia general que la formación económica tiene para la vida actual de toda persona, sea cual fuere su actividad profesional- y que hemos estructurado en torno a los siguientes ejes:

1. Una dura y sólidamente razonada diatriba contra las pretensiones científicas y la relevancia práctica de la Ciencia Económica dominante (que los autores caracterizan como ciencia poco “normal” en más de un sentido) y de su actitud de prepotencia respecto a las restantes ciencias sociales, con argumentos en buena medida presentes en muchos de los restantes artículos del número. Diatriba

complementada con un exhaustivo recuento de los problemas básicos que afectan a los fundamentos en que se basa la ortodoxia de la enseñanza universitaria de las dos ramas esenciales de la Teoría Económica: la Macroeconomía y la Microeconomía. Una situación en la que los autores ven no sólo numerosas deficiencias, sino también claros sesgos ideológicos, y frente a la que reivindican una enseñanza alejada “... de toda pretensión dogmática” y “...lo más abierta o inclusiva posible, buscando recoger en sus programas la diversidad de enfoques existentes de manera neutral y equilibrada” (**Fernando Esteve y José Manuel Rodríguez**).

2. Desde posiciones muy parecidas frente al estatuto científico de la Economía convencional y desde una perspectiva también muy crítica con las líneas esenciales crecientemente establecidas en los planes de estudios universitarios de Economía, una triple reivindicación en la formación de los economistas:

A. La de la importancia de la interdisciplinariedad: es decir, de la imbricación de otras disciplinas necesariamente complementarias y fundamentales para la adecuada interpretación de la realidad económica y cada vez más arrumbadas en los planes de estudios. Algo que, acompañado de la apertura a visiones diferentes de la Economía y respetando siempre la autonomía de cada centro docente, debería conducir a “un profundo cambio en nuestros programas de enseñanza de la Economía” (**Juan A. Gimeno**).

B. La de la importancia de la historia del pensamiento económico: como elemento decisivo de conocimiento de las principales formas de entender la Economía desarrolladas a lo largo del tiempo, como vacuna básica frente al adoctrinamiento en cualquier pensamiento único y como vía imprescindible para “trabar conocimiento con los antecesores, para aprender de los errores y aciertos del pasado y para no redescubrir la pólvora” (**Fernando López Castellano**).

C. La de la importancia de una incorporación consciente y explícita de la Ética, desde la perspectiva de que la Economía dominante (presuntamente aséptica y carente de criterios éticos) se asienta realmente en una determinada concepción ética, que aparece unas específicas visión del mundo, ideología y defensa de intereses y que, por tanto, en absoluto es ni neutral ni objetiva ni universalizable (**Fernando García Quero y Jorge Ollero**).

3. Una llamada a la consideración del componente de género (de la dominación masculina) implícito en el carácter de la Economía convencional y de los efectos que tendría en los contenidos formativos de los economistas una perspectiva equilibrada, que reconociera adecuadamente la desigualdad de género, la aportación femenina en la creación de valor (económico, pero también social y personal) y las muchas cuestiones que la Economía convencional oculta y que revela la perspectiva feminista. Es la perspectiva que defiende la Economía Feminista, que teoriza una aproximación a la actividad económica presidida por “la sostenibilidad de la vida, entendiendo por ésta el proceso de reproducción ampliada de la vida, que requiere tanto recursos materiales como contextos y relaciones de cuidado y afecto” (**Mertxe Larrañaga**).

4. Una valoración crítica de la presencia de la Economía en la Enseñanza Secundaria española (ESO, bachillerato y formación profesional), canalizada por un plan de estudios dominado por la ortodoxia neoliberal y caracterizado por ausencias sistemáticas de contenidos fundamentales para entender cabalmente el mundo actual y por sesgos muy similares a los que presiden la enseñanza universitaria de esta materia. Algo que constituye un déficit básico en la formación general de los ciudadanos y frente a lo que se requeriría un sustancial cambio de orientación en los contenidos que permitiera avanzar hacia “un verdadero y amplio conocimiento de la Economía”, seguramente sólo posible desde planteamientos políticos de la educación diferentes a los actualmente imperantes (**Daniel Rodríguez**).

5. La defensa de la necesidad de conocimientos económicos en la vida cotidiana de todos los ciudadanos: para poder entender y afrontar los innumerables problemas de índole económica a los que continuamente nos enfrenta la vida actual, para poder ejercer una ciudadanía más responsable, participando de forma activa en las decisiones colectivas de carácter económico que condicionan radicalmente nuestra calidad de vida, y para evitar las manipulaciones de todo tipo con que los grandes poderes políticos y económicos manejan la voluntad de los ciudadanos en este ámbito. Conocimientos de los que, señala el autor en base a los datos de la OCDE, no estamos sobrados, en general, los españoles y que no se deberían abordar sólo por criterios mercantilistas, sino también -y muy especialmente- para la formación integral de “ciudadanos libres y que participen de la sociedad democrática de forma activa” (**Francisco Cervera**).

Finalmente, y como es habitual en esta publicación, se complementa el número con la reseña del “libro recomendado”: en este caso, la obra de Alfredo Pastor *La ciencia humilde. Economía para ciudadanos*, que comenta la profesora **María Jesús Vara**, cuyo título refleja claramente por sí mismo su sintonía con el rechazo a la arrogancia intelectual de la Economía dominante que recorre el conjunto del número y que muchos pensamos que no deja de ser un requisito esencial para la mejor formación de economistas sensatos.

En la historia, pequeña pero trascendente, se ha marginado a los astrólogos a favor de la Astronomía y a los curanderos a favor de la Medicina; en otros casos, a partir de la mejora de la observación y la reflexión, se ha llegado a desarrollar notables construcciones científicas en Física, Química, Biología y muchos otros campos. Sin duda, los debates sinceros, abiertos y profundos contribuyeron a su éxito. Los economistas debiéramos aprender del comportamiento de los científicos a los que pretendemos emular; nos jugamos demasiado.

LA DOCENCIA DE LA ECONOMÍA

Fernando Esteve y José Manuel Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid)

Introducción

Desde hace unos 30 ó 40 años se ha generado entre los economistas una sensación de superioridad intelectual, y –a veces- se diría que hasta moral, con respecto al resto de sus colegas en el ámbito de las llamadas ciencias sociales. La potencia de sus herramientas analíticas, así como el creciente uso de datos empíricos, llevó a la gran mayoría de los economistas académicos a dar por sentado que la Economía era la reina de las ciencias sociales, una reina además con clara e insultante vocación imperial en la medida que los economistas, bien pagados de sí mismos, no tuvieron el menor empacho en ocupar áreas del conocimiento social que antes eran el dominio exclusivo de los estudiosos de otros campos, quienes no pudieron resistirse a la seducción de la ofensiva intelectual de la Economía de la mano de los modelos matemáticos, la Econometría y la Estadística, frente a sus herramientas conceptuales de tipo discursivo y cualitativo. La Economía se extendió así por dominios del comportamiento social y hasta individual que entran dentro del ámbito de la Sociología, la Antropología, la Ciencia Política, la Psicología y hasta la Biología.

Sin embargo, no es difícil descubrir por debajo de esta arrogancia el latido de una profunda duda existencial respecto al estatus científico de la propia disciplina que periódicamente aflora, cuestionando tanto sus fundamentos teóricos, el método de análisis y su relevancia práctica. La razón subyacente de este curioso fenómeno “psicológico” que afecta a la Economía se encuentra en el hecho de que a los economistas, en privado y para sí mismos, no les queda más remedio que reconocer, aunque sea a regañadientes, que la Economía no es una ciencia “normal”, no en el sentido habitual de que sus métodos no estén a la altura de los de la reina de las ciencias: la Física, el espejo en el que desde siempre los economistas se han mirado, sino en un sentido más cotidiano. En efecto, y en primer lugar, lo normal en una ciencia es que su contenido progrese acumulativamente, es decir, que los esfuerzos de los que la hacen se traduzcan en un conocimiento y un control crecientes de los fenómenos de los que se ocupa. Una ciencia por tanto es “normal” cuando sus

científicos pueden hacer suyo el viejo dicho de que si ven más lejos es porque se apoyan en los hombros de los gigantes que les precedieron; una ciencia es “normal”, cuando las obras de los científicos pasados tan sólo tienen para sus continuadores un mero interés histórico, de apoyo bibliográfico o de mera curiosidad estética. Una segunda característica de las ciencias normales, relacionada con la anterior, es que sean pacíficas, no en el sentido de que no haya disputas entre sus practicantes, pues la crítica de los nuevos planteamientos es y ha de ser lo “normal”, lo requerido para que se produzca un avance científico, sino pacífica en el sentido de que existe un patrimonio intelectual común que los practicantes comparten.

No pasa así en la Economía. Por un lado, no es una ciencia acumulativa al uso. Y así, cada cierto tiempo sorprende a los no economistas el que los economistas “resuciten” literal e intelectualmente a sus antecesores como si no hubiese habido avances intelectuales de relevancia desde sus tiempos. En Economía, así, no causa extrañeza alguna que se repita el fenómeno de que aparezcan economistas que digan taxativamente que lo que dijo algún economista largo tiempo ya muerto resulta ser no sólo totalmente relevante, sino incluso más útil a la hora de abordar los fenómenos económicos que lo que dicen otros economistas contemporáneos. Y así siempre, en cualquier momento, hay economistas para quienes alguno de los economistas del pasado, ya sea Adam Smith, David Ricardo, Karl Marx, Wilfredo Pareto, Joseph A. Schumpeter, Frederick Von Hayek o John Maynard Keynes, entre otros, están en el presente tan vivos intelectualmente como lo estuvieron en sus tiempos. El “problema” es que las aproximaciones a la realidad económica que ofrecen esos economistas no son compatibles entre sí ni en la definición del objetivo de la reflexión económica, ni en el marco conceptual que defienden, ni en los métodos de análisis que propugnan, ni en la forma de abordar las problemáticas que acontecen a las economías reales, ni por supuesto en las políticas recomendadas para hacerles frente. Dicho con otras palabras, no sólo es que la Economía no sea “normal” por no ser una ciencia acumulativa al uso, sino que tampoco lo es por no ser un área intelectual “pacífica”, ya que las disputas de tipo conceptual y metodológico,

pero también ideológicas, entre sus practicantes son cotidianas y de tal nivel que impiden hablar de la existencia de un patrimonio conceptual analítico y metodológico unánimemente compartido por los economistas. En períodos de estabilidad de las economías reales, esos conflictos suelen estar de alguna manera soterrados, en la medida en que, por diferentes razones (incluida la búsqueda de prestigio dentro de la Academia), la mayoría de los economistas se adscribe a las escuelas económicas más conservadoras y continuistas, aquellas que conforman una suerte de ortodoxia cuyos planteamientos les llevan a una cierta ataraxia política, a la pasividad, pero basta con que la realidad económica muestre signos claros de inestabilidad, ineficiencia o de aumentos en la desigualdad en que se distribuye la renta y la riqueza para que las voces de los críticos de los planteamientos ortodoxos resurjan con fuerza. Como señaló la señora Joan Robinson allá por los años setenta del siglo pasado, la Economía es una curiosa ciencia que, al igual que la materia que trata de entender, experimenta de vez en cuando crisis que la llevan a cuestionarse sus conceptos, perspectivas de análisis y métodos.

La fuerza numérica de las diferentes escuelas enfrentadas no suele ser nunca similar. Siempre hay una escuela que es mayoritaria y que define la ortodoxia, enfrentada a ella están las corrientes críticas. En la actualidad, la ortodoxia la define la escuela neoclásica, incluyendo en ella a los economistas neokeynesianos, que son la versión actual de los que Joan Robinson calificara como “keynesianos bastardos” en los años setenta del pasado siglo. La corriente crítica opuesta más numerosa la componen los postkeynesianos y neoricardianos. Con importancia numérica mucho menor se encuentran, a su “izquierda”, los economistas marxistas, y a su “derecha”, los economistas de la escuela austríaca. Finalmente, es necesario repetir que en economía, a diferencia de lo que es lo habitual en otras ciencias, las diferencias entre escuelas en atención al número de economistas que las respaldan nada tienen que ver con el grado de “cientificidad” de las posiciones que defienden.

Pues bien, resulta evidente que si la economía tiene esas “paranormales o anormales” características como ciencia, ello obliga, o mejor dicho, debiera obligar necesariamente a que la enseñanza de la Economía fuese lo más abierta o inclusiva posible, buscando recoger en sus programas la diversidad de enfoques existentes de manera neutral y equilibrada, es decir, reconociendo que hay una desigual audiencia de las distintas escuelas económicas dentro de la profesión. Pero no es así. Por diversidad de motivos, que van desde las

inevitables limitaciones de tiempo para las actividades lectivas hasta el sesgo ideológico de los profesores o su palmario desconocimiento de siquiera los puntos más elementales que defienden las otras escuelas, consecuencia inmediata de la especialización a la que les ha abocado el actual sistema de incentivos académicos, que premia exclusivamente la llamada “investigación”. Sea por las razones que sea, el caso es que es ubicuo que los programas docentes en Economía se restringen sólo y exclusivamente a la exposición del paradigma neoclásico dominante, haciéndolo además de una manera hipersimplificada y, por qué no decirlo, beata.

Asistimos en la actualidad a una de las crisis existenciales de la Economía, consecuencia, como siempre, de un desajuste profundo en las economías reales. Una vez más, el desconcierto de los economistas más ortodoxos ante el hecho de que los fenómenos económicos reales no sigan los dictados que les prescriben sus modelos teóricos ha sido aprovechado por los economistas de las corrientes heterodoxas y críticas para reclamar de nuevo la consideración de los planteamientos distintos al dominante en las instituciones académicas. Por supuesto, esta necesidad no ha sido sentida ni unánimemente ni en el mismo grado por todos los colectivos interesados. Los primeros que sacan a la luz la necesidad de ampliar su campo de miras intelectual son aquéllos que se están formando como economistas y que descubren que la formación económica que reciben no es capaz de dar cuenta de los fenómenos del mundo económico real. Y de ahí su reivindicación de una docencia más pluralista y “realista”, en el sentido de más acorde con la realidad económica que ven desenvolverse ante sus ojos. Es ello perfectamente natural y económicamente predecible, como lo es también que los más renuentes a aceptar que se cambie los contenidos o las perspectivas que se han de desarrollar en la docencia sean los miembros de la Academia. Tienen mucho que perder y poco que ganar con el cambio, pues a nadie le gusta sentir que la validez científica de la perspectiva a la que ha dedicado su tiempo y su capital humano se pone en cuestión.

La docencia de la Microeconomía

Ha sido habitual entre muchos economistas el sostener, al menos “de puertas hacia afuera”, la creencia de que en tanto que en la Macroeconomía el debate entre diferentes posiciones y puntos de vista estaba vivo y era a veces incluso áspero, la Microeconomía era por el contrario un área intelectual pacífica, educada por decirlo así, un área donde reinaba un deseable

consenso entre economistas, de modo que al menos la Microeconomía sí que se parecía a una ciencia “normal” sujeta a un desarrollo acumulativo. Esta generalizada actitud se ha traducido, en el ámbito de la docencia en Microeconomía, en su articulación en torno a un corpus central nunca cuestionado, y no tanto porque -como se verá- no hubiera razones para hacerlo sino por otros motivos, entre los que quizás pudiera incluirse la mera incomodidad con el hecho de romper esepreciado consenso.

Que en la docencia en Microeconomía no se aireaban discrepancias es de fácil comprobación acudiendo a los libros de texto usados en los distintos niveles formativos. Todos ellos son muy similares en cuanto a su estructura y contenido, de modo que las escasas diferencias entre ellos vienen marcadas bien por el nivel de sofisticación matemática usado en la exposición, bien por la inclusión de algunos temas concretos elegidos por los diferentes autores como materias adicionales o complementarias al corpus microeconómico compartido para dar a sus respectivos productos un toque de diferenciación, que no de distinción.

Pero como se ha dicho, ese consenso siempre fue más aparente o deseado que real y efectivo. Ciertamente que la mayoría de economistas lo sostenía, pero lo hacía a costa de negarse a ver sus fallos y oír las voces de los economistas discrepantes. Pero tal actitud resulta cada vez más difícil de mantener a tenor del hecho de que, en los últimos años, y desde distintos frentes además, los cimientos de ese pretendido consenso microeconómico se han visto afectados por una suerte de seísmos intelectuales que han venido a dañarlos gravemente, si bien la existencia de tales fallas parecería dudosa si, como se ha señalado, sólo se atendiese a los contenidos de los libros de texto de uso más general, que, de modo abrumador, todavía suelen pasarlos por alto.

En primer lugar, hay que hacer referencia a la pieza central, que es la teoría del comportamiento del agente económico. Esta teoría, dejándose llevar más por el método formal necesariamente usado en su elaboración (la lógica formal) que por la observación del comportamiento real de los agentes económicos, se ha fundado en el supuesto de que en su comportamiento los agentes son racionales instrumentalmente, es decir, que actúan “como si” estuviesen maximizando una función objetivo sujeta a restricciones. Así, al comprador, al consumidor, al trabajador, al empresario “representativos” se les ha supuesto dotados de unas funciones objetivo completas y bien definidas y de una inusitada capacidad para ser instrumentalmente racio-

nales y maximizarlas. Pues bien, tal perspectiva ha sido radicalmente cuestionada por los hallazgos de los psicólogos y los “economistas del comportamiento”, que han mostrado que los agentes en sus comportamientos se alejan de modo sistemático y predecible de los dictados que les exigiría la racionalidad instrumental, lo que ha echado por tierra la pieza conceptual clave del modelo estándar de comportamiento económico.

Adicionalmente, se tiene que en el modelo estándar de comportamiento de los agentes económicos se presupone que los agentes son como “átomos” aislados que, por lo general, se relacionan entre sí de un modo indirecto o mediatizado: a través de la intermediación del sistema de precios. Ciertamente que en el modelo estándar se reconoce, bajo la denominación de efectos externos o externalidades, la existencia de situaciones en las que los agentes se afectan entre sí de modo directo o inmediato, pero tales fenómenos aparecen como relativamente marginales, como concesiones que la teoría se ve obligada a hacer a la realidad. Ha sido así lo habitual el que la consideración de las externalidades aparezca en los capítulos finales de los libros de texto o como sustento a la política económica y el que los ejemplos repetidamente usados en los manuales como típicos de estas relaciones directas entre agentes se reduzcan a dos: la contaminación y los efectos externos positivos de la educación, casos sin duda importantes, pero que no cubren en absoluto el extensísimo campo de las interacciones directas entre los individuos y agentes económicos.

Pues bien, la influencia de la Psicología, la teoría de redes y de los sistemas complejos ha dado al traste con todo ello. Los agentes económicos elementales son seres humanos y, como tales, radicalmente sociales. Ello significa que en su comportamiento en el terreno económico actúan, de salida, como entes sociales. El hecho de su sociabilidad, el formar parte de grupos, hace que cuestiones como el poder de cada agente, su identidad y las prescripciones conductuales que ello implica, su valoración por los demás y otras circunstancias grupales o sociales medien de modo decidido en su comportamiento económico real, en sus respuestas a las variaciones de precios y rentas. Este peso del componente grupal sobre las decisiones individuales se magnifica, por otro lado, en todas aquellas situaciones donde la incertidumbre acerca de los resultados de las decisiones es consustancial.

Tampoco las teorías de la producción y de los mercados se han salvado del cuestionamiento. Ya Piero Sraffa demostró en los años 30 del siglo pasado que

la suposición de que las empresas operaban por lo general con funciones de producción con rendimientos decrecientes era incompatible con los supuestos del modelo de competencia perfecta, el modelo clave en la docencia de la teoría de mercados. El reconocimiento, por otro lado, de que en la realidad económica lo habitual es encontrarse con rendimientos constantes y crecientes debiera haber obligado a centrar la docencia en las estructuras de mercado no competitivas, que, además, permiten sortear el nada desdeñable problema de consistencia lógica que la llamada Paradoja de Arrow plantea al modelo de competencia perfecta: si en competencia perfecta todos los agentes son precio-aceptantes, ¿quién o quiénes los alteran en situaciones de desequilibrio para así empezar el camino de ajuste para restaurar el equilibrio?

Pues bien, la docencia de la Microeconomía ha pasado por lo general olímpicamente por encima de estos cuestionamientos, de modo que es lo habitual en la docencia de la Microeconomía el usar del modelo de competencia perfecta a la hora de abordar cualquier tipo de cuestiones, incluso en situaciones que de modo obvio distan de cumplir los requisitos de la competencia perfecta. Desde la cuestión de los efectos de los salarios mínimos y del control de alquileres u otros precios hasta la de los efectos de los aranceles en el comercio internacional, es lo abrumadoramente habitual en la docencia el acudir, a la hora de plantear el marco de su análisis, al modelo de competencia perfecta. Es frecuente argüir, en favor de tal modo de proceder, razones de eficacia pedagógica, en el sentido de que el uso del modelo de competencia perfecta es un buen medio de entrenamiento intelectual, en la medida que permite abordar esos u otros problemas de forma simple, clara y precisa, y alcanzar además una solución -por cierto, siempre la misma- a esas difíciles cuestiones en términos de política económica a seguir, lo que es una ventaja pedagógica frente al uso de modelos más realistas, más difíciles en su elaboración y manejo y de conclusiones más ambiguas.

Pero a nadie se le debería ocultar que la elección del modelo de competencia perfecta como modelo pedagógico central dista de ser neutral en términos valorativos, ya que incluye un sesgo ideológico claro, si bien escondido, a favor de un sistema de mercados libres y no regulados, en la medida en que el “modelo” de competencia perfecta no se usa sólo como una descripción idealizada e irreal de los mercados reales utilizada sólo con fines pedagógicos, sino que se usa como el ideal que hay que alcanzar. Como ha señalado Stephen Marglin, al así proceder, la Economía adopta un papel performativo y por ende, ideológico, pues

su objetivo es crear la propia realidad económica que trata de analizar. Dicho con otras palabras, de la docencia en Microeconomía es difícil que “salgan” economistas que no sean partidarios del liberalismo económico, con las consecuencias que ello supone.

Pero merece la pena detenerse aquí siquiera brevemente en dos puntos que afectan al mismo núcleo del modelo estándar de competencia perfecta, puntos que, pese a su importancia, al no aparecer en los manuales al uso, desaparecen también de las cabezas de los economistas que se forman con ellos. Estos puntos se refieren al hecho de que, si bien el enfoque del equilibrio parcial es pedagógicamente adecuado, su uso nunca debe llevar a olvidar sus debilidades conceptuales, debilidades que surgen de la consideración del entero sistema de mercados, es decir del equilibrio general.

El primero de estos puntos es el Teorema de Segundo Óptimo de Lipsey-Lancaster, que viene a decir que si en una economía de mercado hay en algún o algunos mercados algún fallo que impide que se cumplan las condiciones de primer óptimo (que los precios sean iguales a los costes marginales en esos mercados), entonces la recomendación de que en el resto de los mercados, en los que no hay ningún tipo de fallos de mercado, los precios se determinen por el libre y desregulado juego de la oferta y la demanda no es, prima facie, óptima. Dado que en el mundo real la existencia de fallos de mercado es lo habitual, la estricta consideración de este teorema invalida así cualquier recomendación de tipo positivo de política económica. Estrictamente, sólo caben conclusiones de tipo negativo: no se puede decir, por ejemplo, que la desregulación o la liberalización del mercado de trabajo es una política eficiente si en otros mercados, como los de capitales, hay fallos que los alejen de la competencia perfecta. Puede que esa política en el mercado de trabajo lo sea, pero la teoría impide llegar a esa conclusión: sencillamente el Teorema de Segundo Óptimo indica que no se puede estar seguro de ella.

El segundo de estos puntos se refiere al Teorema de Schonnenschein-Mantel-Debreu, que establece que, salvo bajo unos supuestos muy restrictivos, existen múltiples equilibrios, algunos estables y otros inestables, en una economía donde todos los mercados son perfectamente competitivos. Como corolario, se tiene que es imposible predecir en cuál de ellos la economía se situará, es decir, que la situación final es indeterminada. Pudiera parecer que éste es un resultado teórico y abstracto de escasa relevancia práctica. Pero no es así. Es, de nuevo, un resultado negativo que so-

cava de manera definitiva las pretensiones de eficiencia que suelen acompañar en la sombra las propuestas de las políticas de desregulación y liberalización. De igual manera, este resultado establece que, aún en las “mejores” condiciones teóricas, una economía de mercado puede encontrarse permanentemente en una situación de equilibrio subóptima o keynesiana de la que es imposible que salga por sus propios medios sin algún estímulo externo.

Ahora bien, está claro que este teorema y otros afines son de una dificultad tal que impiden su enseñanza en los niveles formativos inferiores a la especialización doctoral, pero lo que no es de recibo es que el tratamiento del modelo de equilibrio general competitivo que se realiza en la docencia de los niveles inicial y medio se reduzca al modelo de una economía perfectamente competitiva con sólo dos bienes, dos factores de producción y dos agentes, que es la situación imaginaria en la que sólo hay un equilibrio, que es, además, óptimo paretianamente, estable y que puede alcanzarse si se postula un proceso de ajuste de precios que salve el escollo de la Paradoja de Arrow. Dar a entender, como parece seguirse de los libros de texto a partir de esta edulcorada versión infantilizada del modelo de equilibrio general, que basta con eliminar las restricciones al libre funcionamiento de los mercados en las economías reales para que, por arte de magia, o sea, por arte de una “mano invisible”, los problemas de estabilidad económica se solventan es quizás el mayor de los engaños que se cuentan en la docencia de la Microeconomía.

Tampoco la otra gran área de la Microeconomía, la teoría de la distribución, se ha salvado de la crítica. La teoría estándar pretende que la distribución de la renta es una cuestión meramente técnica, no social o política, en la medida en que sostiene que, por lo general, lo que percibe cada propietario de un factor de producción que se utiliza en la producción de un bien o servicio es o tiende a ser igual al valor de su aportación marginal al producto, al “valor” de su productividad marginal. La repetición inmisericorde de esta idea a lo largo de su formación ha llevado a que los economistas acaben imaginando que la expresión “valor de la productividad marginal de un factor” hace referencia a un fenómeno real que se puede medir con cierta precisión y que explicaría la distribución de la renta observada. Pues bien, la realidad es que en la inmensa mayoría de procesos productivos carece de todo sentido hablar del valor de la productividad marginal de los factores. La consecuencia es que los economistas formados en esta idea carecen de la capacidad para entender uno de los fenómenos económicos más impor-

tantes en la actualidad: la creciente desigualdad en la distribución de la renta en los países desarrollados.

La regla distributiva que establece que el pago a cada factor se hace con arreglo al valor de su productividad marginal es, por otro lado, inconsistente analíticamente con otras partes de lo que se enseña en Microeconomía. Así, en situaciones de rendimientos crecientes a escala, la aplicación de esta regla se traduciría en que el valor de las remuneraciones que recibiría el conjunto de factores de producción implicados superaría el valor de lo que producen. Si los rendimientos son decrecientes a escala, la aplicación de la regla supondría que parte del producto quedaría sin repartir o a disposición del propietario de algún factor con mayor fuerza o poder. Sólo la regla distributiva basada en la productividad marginal tiene sentido cuando se está en situación de rendimientos constantes a escala y rendimientos marginales decrecientes. Pero como ya señalara Sraffa, esta situación es incompatible con el modelo de competencia perfecta, pues, en tal caso, el tamaño de planta quedaría indeterminado y el mercado adoptaría estructuras no competitivas.

Adicionalmente, se tiene que, pese a los intentos por cerrar los ojos al resultado de la “controversia del capital” de la década de los años 60 del pasado siglo mediante el sencillo procedimiento de no tratarla en los libros de texto, la verdad es que, tras ella, el uso de la función de producción agregada para tratar el crecimiento económico y las cuestiones distributivas no llega siquiera al estatuto de metáfora ilustrativa. En efecto, para hablar de la productividad marginal del capital se requiere saber con cuánto capital se cuenta, pero, dado que no se pueden sumar bienes de capital heterogéneos, para medir el stock de capital es necesario conocer los precios de los diferentes bienes de capital para proceder a su agregación. No cabe hablar, pues, de una medida del stock de capital independiente de su precio o su remuneración, por lo que la noción de productividad marginal del capital es circular: para conocer la productividad marginal del capital se requiere conocer previamente cuánto capital se tiene, pero para hacerlo hay que saber previamente cuál es la productividad marginal del capital.

Finalmente, el uso exclusivo que se hace en la docencia en Microeconomía del criterio de Pareto (o de algunas de sus derivaciones, como lo es el criterio de Kaldor-Hicks) como juicio de valor “neutral” a la hora de evaluar los cambios económicos siempre ha sido cuestionado, en la medida en que no sólo acepta de salida la situación previa, sea cual sea el cómo se llegó

a ella, sino que presupone, con total desprecio por la realidad, que a los agentes económicos sólo les interesa cómo les afectan a ellos los cambios, sin tener en ninguna consideración cómo les afectan a los demás.

La conclusión que se puede sacar de esta mínima evaluación de la docencia habitual en Microeconomía es que se diría que no tiene la finalidad de formar a los economistas con instrumentos que les ayuden a entender la realidad económica, sino más bien, la de “tranquilizarles” con la idea de que la Economía es una ciencia de carácter técnico, ajena a disputas políticas o sociales, o, también, la de formarles ideológicamente para que defiendan casi instintivamente las posiciones cercanas al liberalismo económico.

La docencia de la Macroeconomía

Frente al relativo consenso que ha dominado la docencia en Microeconomía, en Macroeconomía los debates han sido continuos, sucediéndose los planteamientos que han alcanzado una posición dominante en gran medida atendiendo a los cambios que se producían en la economía real. Lo más sorprendente de la disciplina es que los viejos planteamientos que habían sido abandonados vuelven a tomar relevancia con nuevos ropajes en situaciones asociadas con las crisis económicas. Hemos asistido así a un fenómeno que se podría denominar el retorno de las viejas teorías.

El término Macroeconomía apareció por primera vez en la literatura académica en los años 40. La publicación de *la Teoría General del empleo, el interés y el dinero* de J.M. Keynes en 1936, a raíz de la gran depresión de los años 30, fue el detonante que dio lugar al surgimiento de la teoría macroeconómica. Hasta entonces el análisis de los fenómenos económicos a nivel agregado (producción, desempleo e inflación) estaba basado en el modelo clásico, en el que la flexibilidad del salario real aseguraba el pleno empleo del factor trabajo y la teoría cuantitativa del dinero garantizaba que el dinero era neutral, de tal modo que las variaciones en la cantidad de dinero solo afectaban al nivel general de precios. En ese marco, el desempleo solo podía surgir como resultado de que los salarios reales eran demasiado elevados, siendo la inflación un fenómeno puramente monetario provocado por el crecimiento excesivo de la cantidad de dinero.

Los planteamientos de Keynes encontraron acomodo en lo que se dio en llamar la síntesis neoclásica-keynesiana, establecida a partir del modelo IS-LM elaborado por Hicks (1937) y el modelo renta gasto de

Samuelson (1948) para los cursos introductorios, lo que J. Robinson denominó el “keynesianismo bastardo” por su simplificación de la visión económica ofrecida por Keynes. Este modelo fue el dominante en los cursos de Economía introductorios e intermedios hasta principios de los años setenta. El modelo suponía que los planteamientos keynesianos, con la posibilidad de equilibrios con desempleo de carácter permanente sin intervención de las autoridades económicas, solo eran posibles a corto plazo, cuando los precios y salarios mostraban rigideces, pero a largo plazo el ajuste de precios y salarios en función de los excesos de oferta y demanda garantizaría el pleno empleo. En cualquier caso, el modelo defendía que se podía alcanzar el pleno empleo a corto plazo mediante la aplicación de políticas fiscales y/o monetarias expansivas que, en presencia de salarios monetarios rígidos, disminuían el salario real. El modelo se completaba con la curva de Phillips, que permitía obtener una relación inversa entre inflación y desempleo a corto plazo, por lo que las autoridades económicas, mediante la utilización de la política monetaria y fiscal, podían elegir entre un menú de diferentes alternativas. Esto constituía el núcleo de la enseñanza macroeconómica en todo el mundo durante ese período.

La crisis del petróleo en 1973 y la coincidencia de inflación con desempleo creciente (lo que se llamó estanflación) cambió todo esto. La síntesis neoclásica no parecía capaz de analizar y explicar esos fenómenos. Surgió así un cambio en los modelos teóricos que rápidamente se trasladó a los manuales en los que estaba basada la docencia que recibían los estudiantes de Economía. Su rasgo esencial era la creencia de que la economía no requería de políticas monetarias o fiscales de estabilización, porque la ausencia de intervención permitiría alcanzar el equilibrio. Cualquier intento de intervención activa por parte de las autoridades económicas para reducir la tasa de desempleo no provocaría más que problemas en el equilibrio macroeconómico. Por otra parte, si la economía ya estaba en equilibrio, ¿para qué utilizar la política económica?

Ya a finales de los años sesenta Friedman había indicado que la relación de intercambio entre desempleo e inflación no era sostenible a largo plazo. Solo era posible establecer esa relación a corto plazo si la inflación no era anticipada, es decir si los asalariados sufrían de ilusión monetaria. A largo plazo, la economía se situaría en la tasa natural de desempleo y cualquier intento de reducirla por debajo de ese nivel no haría más que acelerar la inflación. Por el contrario, si la tasa de desempleo fuera superior a la natural, el resultado sería la deflación. En resumen, la economía

acabaría volviendo siempre a la tasa natural de desempleo, independientemente de la actuación de las autoridades económicas. En una situación de equilibrio, la tasa de inflación permanecería constante al nivel que determina el crecimiento de la cantidad de dinero. Lo único que tendrían que hacer las autoridades económicas era establecer reglas monetarias para controlar la tasa de crecimiento de la oferta de dinero de tal manera que se mantuviera el crecimiento de la producción y la tasa de inflación en el nivel deseado, y en todo caso aplicar políticas de oferta que aumentaran el potencial de crecimiento de la economía a largo plazo (flexibilización de los mercados de trabajo y disminución del peso del sector público en la economía), con la consiguiente reducción de la tasa natural de desempleo. La vieja teoría cuantitativa del dinero había vuelto a ocupar el centro del escenario macroeconómico, lo que se denominó monetarismo.

Estos planteamientos se vieron reforzados con la nueva macroeconomía clásica a principios de los años setenta del siglo pasado y la introducción de la hipótesis de las expectativas racionales, con la implicación de que todo el mundo dispone de información perfecta sobre lo que ocurrirá en el futuro y los mercados estarán permanentemente en equilibrio. Sólo las medidas imprevistas podrían tener efectos macroeconómicos.

A principios de los años 80, el modelo de los ciclos reales dio un paso más allá. En su planteamiento, las fluctuaciones económicas resultan de cambios en la tecnología que llevan a cambios en la demanda de trabajo y los salarios reales, afectando a las decisiones de los oferentes de trabajo, que actúan como agentes racionales y maximizadores que reaccionan a los cambios en los precios relativos, en un marco de optimización intertemporal. Así, ante un shock de productividad negativo, los salarios reales caen y se reduce la oferta de trabajo. El resultado es que el mercado de trabajo está siempre en equilibrio y los cambios que se observan en la tasa de desempleo no son más que cambios en la tasa de desempleo natural.

Ante estos planteamientos, que comenzaron a imponerse en la docencia de los cursos de Macroeconomía intermedios y sobre todo superiores, surgió por parte de algunos economistas, los nuevos economistas keynesianos, el intento de desarrollar modelos macroeconómicos con fundamentos microeconómicos basados en las teorías de la competencia imperfecta, en un marco en el que los agentes económicos adoptan un comportamiento racional y maximizador en presencia de información asimétrica, lo que les permite generar implicaciones más consistentes con el comporta-

miento observado a nivel macroeconómico a corto plazo, de mercados que no se vacían y precios y salarios que no se ajustan automáticamente para restablecer el equilibrio.

El resultado de todos estos debates fue que en la docencia de Macroeconomía se llegó a un modelo general que podríamos denominar de consenso, la “nueva síntesis neoclásica”, como el que se ofrece en los libros de texto de Mankiw y Blanchard, que recogía aspectos de la nueva Macroeconomía clásica y keynesiana, pero que esencialmente llegaba a la conclusión de que la economía tendía a medio plazo a alcanzar de forma casi automática lo que se denomina el nivel de producción natural y la tasa natural de desempleo o tasa de desempleo no aceleradora de la tasa de inflación (NAIRU). Las rigideces de precios y salarios pueden hacer que el ajuste sea más lento y por lo tanto permitirían aplicar medidas de política económica expansiva de carácter transitorio para acelerar el ajuste hacia el equilibrio, que en cualquier caso estaría garantizado. El papel de los planteamientos keynesianos originales, si es que alguna vez estuvo presente, desapareció así del corpus que se enseñaba en las facultades de Economía.

Justo antes del estallido de la crisis más grave que se ha producido en las economías occidentales desde 1929, que dio lugar a lo que se ha conocido como la Gran Recesión, el análisis macroeconómico parecía haber alcanzado de esta forma una edad dorada, un consenso macroeconómico, en el que los economistas se vanagloriaban de sus éxitos y que podía servir como fundamento para la docencia de una ciencia macroeconómica normal o acumulativa. En agosto del 2008, un mes antes de la quiebra de Lehman Brothers, el economista jefe del FMI, Olivier Blanchard, en un artículo sobre “El Estado de la Macroeconomía”, concluía que “el estado de la macro es saludable”. Señalaba también que las batallas de antaño habían terminado y que “se había alcanzado una amplia convergencia de puntos de vista”. Como ya había señalado el premio Nobel de Economía R. Lucas en 2003 en su discurso inaugural de la American Economic Association, “el problema central de la prevención de la depresión está resuelto en todos los sentidos y para varias décadas”.

Todo este andamiaje se vino abajo con la Gran Recesión. Como dijo la reina Isabel de Inglaterra en su visita a la London School of Economics en noviembre del año 2008 : “ ¿Cómo es posible que nadie se hubiera dado cuenta de que se nos echaba encima esta espantosa crisis?”.

El resultado de todo esto ha sido que la docencia en Macroeconomía vive ahora en un gran desconcierto, del que se han dado cuenta, como ya se ha comentado, los estudiantes de Economía, quienes, a tenor de la incongruencia entre lo que se les sigue enseñando y lo que ocurre en la realidad, están demandando un cambio radical en la forma y contenidos de su formación que responda a esa realidad. Cambio que, como se ha repetido varias veces, implica rehabilitar las ideas macroeconómicas de los viejos economistas.

Es este sentido es necesario huir en la docencia de toda interpretación dogmática, lo que lleva a la necesidad de adoptar un enfoque pluralista que incluya el análisis de las diferentes corrientes del pensamiento macroeconómico que aparecen como competitivas en la explicación de los problemas asociados con la crisis económica. Así, junto con el modelo canónico de la nueva síntesis neoclásica-keynesiana, los alumnos deberían conocer también otras explicaciones alternativas, como el modelo postkeynesiano y la economía austríaca.

Un elemento adicional que ha aparecido en Macroeconomía, y que conecta de modo directo con los nuevos enfoques en el terreno microeconómico, es lo que se conoce como Macroeconomía del Comportamiento. Crecientemente se ha demostrado que los supuestos de racionalidad, formación racional de expectativas y de agregación característicos de los modelos macroeconómicos tradicionales carecen de realismo y requieren ser complementados con los hallazgos que proceden de la Psicología Social y de la Economía del Comportamiento, si se quiere que los economistas alcancen en su formación un punto de vista que les permita afrontar de modo eficiente la problemática macroeconómica, como han mostrado recientemente los premios Nobel Akerloff y Shiller. De nuevo se produce aquí un retorno, esta vez a la noción keynesiana de los “animal spirits” como factor clave para entender el comportamiento de los mercados financieros, tan determinantes para la evolución macroeconómica de nuestras economías.

Conclusión

Ya en el año 2000 un grupo de estudiantes de economía franceses publicó en Internet un documento en el que acusaba al actual modelo de enseñanza de la Economía de alejarse cada vez más de la realidad y convertirse en una rama de la Matemática aplicada. Fue el inicio del movimiento que se conoce como Economía pos-autista, que incidía en la necesidad de su-

perar el ensimismamiento en el que había caído el tipo de análisis económico que, de modo casi exclusivo y hasta excluyente, componía la materia objeto de estudio en los centros docentes. Sus críticas se centraban en la ausencia de realismo y en el uso incontrolado y estéril de las matemáticas para la construcción de modelos elegantes con una lógica interna impecable, pero completamente ajenos a la realidad y dudosamente aplicables en un mundo crecientemente complejo. Adicionalmente, señalaban, los estudios de Economía presentaban un enfoque único y carecían del pluralismo necesario. Este movimiento fue la chispa que ha desencadenado un movimiento en cascada que se ha extendido por otros centros universitarios de todo el mundo y ha alcanzado su más sonora expresión a raíz de la llamada Gran Recesión, con la creación de un documento por parte de un grupo de estudiantes de la Universidad de Manchester en el año 2012 titulado “The Post- Crash Economics Society”. (<http://www.post-crasheconomics.com>). En este manifiesto, defendido y prologado por Andrew Haldane, Director Ejecutivo del Banco de Inglaterra, los estudiantes señalan que los grados de Economía no les preparan para ejercer sus futuras carreras profesionales, al no ofrecer una comprensión adecuada de las economías del mundo real. La marea ha seguido extendiéndose por muchas otras universidades a nivel mundial y ha dado lugar a la creación de la “International Student Initiative for Pluralist Economics” en el presente año, en la que colectivos de estudiantes defienden la necesidad de adoptar un enfoque pluralista en la enseñanza e investigación, que incluya, junto con el corpus convencional, también los planteamientos “heterodoxos”, que adopte un perspectiva de carácter interdisciplinar y que incida en la necesidad de estudiar con más detalle la historia del pensamiento económico y la historia económica.

1. Especialización y aislamiento

Con motivo del debate de la construcción del nuevo Espacio Europeo de Educación Superior (coloquialmente, el plan Bolonia), todas las universidades españolas han tenido que proceder a una revisión de sus planes de estudio, pasando de las licenciaturas a los grados. Quizás por tener que reducir, como regla general, de 5 a 4 años la duración de los planes; quizás por el espíritu cerrado de los claustros docentes, celosos de sus competencias y reacios a dar cabida a colegas de otras disciplinas; quizás por la tendencia general a la superespecialización en la investigación y el conocimiento... el hecho observado es que la mayor parte de los nuevos programas son cada vez más monocolors, más centrados en el saber que da título al grado, más ajenos a saberes complementarios.

En el caso de la Economía, que también ha respondido al mismo esquema, esa tendencia viene afirmándose muy radicalmente desde hace tiempo entre los docentes y los investigadores.

Pocos se atreverán a negar que la Economía es una ciencia social, que en los fenómenos económicos intervienen personas e instituciones muy variadas, con complejidades que afectan a los posibles resultados de los análisis. Es difícil entender un fenómeno o una política sin explicar el contexto y los condicionantes sociales, históricos, familiares, culturales...

Es cada vez mayor la consciencia de que los modelos económicos al uso, en los que factores como los anteriores apenas si aparecen incorporados, son instrumentos imperfectos para describir y predecir la realidad. Y, sin embargo, la ortodoxia docente e investigadora en Economía se ratifica, incluso crecientemente, en el aislamiento frente a las restantes ciencias sociales, de las que se siente extraña y superior.

Recientemente se han difundido en los medios de comunicación los movimientos de estudiantes y profesores franceses y británicos, con amplio y rápido seguimiento en todo el mundo, demandando nuevos planteamientos en la formación, como respuesta a esa insatisfacción generalizada. Incluso se ha organizado una alianza internacional bajo el lema International Student Initiative for Pluralist Economics (Iniciativa

Estudiantil Internacional por el Pluralismo en la Economía). El debate está presente también en revistas y redes (en las referencias se incluyen un par de menciones relevantes).

En los puntos siguientes intentaré un repaso rápido por el proceso por el que se ha llegado a esa situación y por algunos de los problemas que plantea esa perspectiva dominante. Veremos las principales ventajas de abrir el conocimiento y la relación con otras ciencias y de qué forma puede tomarse en consideración para una perspectiva algo más amplia en la formación de los economistas.

2. Un poco de historia: de la Filosofía a la Matemática

Todos sabemos que la Economía nace desde la Filosofía. El primer referente se sitúa en Aristóteles, que nos hablaba de la Economía como la buena administración del patrimonio. El acento se ponía en gestionar adecuadamente los recursos que tenemos para satisfacer de la mejor forma posible nuestras necesidades. Pero el filósofo griego la diferenciaba de la Crematística, cuyo objetivo era la adquisición de la riqueza. Y es esta segunda la que entra frecuentemente en conflicto con la ética. Estas simples ideas aristotélicas van a estar muy presentes en las siguientes páginas.

Los considerados primeros escritos económicos propiamente dichos nacen también de la mano de la Filosofía, con su base fundamental en la ética y la historia y referencias permanentes al entorno institucional. Desde Adam Smith y Marx a casi todos los economistas del siglo XIX, ese es el enfoque dominante.

Sin abandonar esa perspectiva, no obstante, se empiezan a asentar las bases del cambio que se consolidará en el siglo XX. David Ricardo ya propone el salto de lo inductivo a lo deductivo y defiende la proposición de leyes de funcionamiento de la economía. Y Marshall consolida la introducción de la Matemática como auxiliar de la argumentación económica y el análisis marginal del comportamiento maximizador de todos los agentes que ya iniciaran Jevons y Walras, entre otros.

Pero Ricardo no olvida nunca el enfoque institucional y la lucha de rentas que hay detrás de los fenómenos económicos. Y se cuenta de Marshall que el cuadro de un mendigo presidía su despacho para, según explicaba, no olvidar nunca que erradicar la pobreza era el objetivo fundamental de sus estudios.

El problema se produce cuando a partir del siglo XX se da un salto cualitativo que va a crecer imparable durante todo el siglo. El rigor matemático hace pensar a los economistas que pueden lograr la exactitud de las ciencias duras. Y ya no se habla de “Economy” (como “History” o “Philosophy”), sino de “Economics” (como “Physics” o “Mathematics”) ¹. La Economía quiere considerarse una ciencia exacta y empieza a desmarcarse de las restantes ciencias sociales, a las que mira por encima del hombro.

La Economía se orienta, en la nueva ortodoxia, a cómo ordenar los recursos escasos en relación con necesidades ilimitadas. El objetivo no es administrar lo que tenemos, sino tener más. Los sujetos maximizan (función matemática cómoda) bienestar (reducido a recursos monetarios medibles) y beneficios. De forma imperceptible, hemos pasado de la Economía a la Crematística, hemos olvidado los factores sociales e institucionales y, de forma progresiva, hemos marginado los problemas de distribución de renta y riqueza. El libre mercado consigue por sí solo la máxima eficiencia. De la equidad nada se dice. Las desigualdades son dato irrelevante.

El fenómeno se acrecienta en las últimas décadas. Por una parte, la economía financiera adquiere tal predominio, que la Economía se convierte en la ciencia de cómo ganar dinero con apuestas (llamadas inversiones financieras), además amañadas por una parte muy minoritaria de los intervinientes, que tiene sobrada capacidad para alterar precios a su interés.

Por otra, la ortodoxia impone un férreo control, de forma que la consideración de los investigadores y su carrera profesional van ligadas a la publicación en determinadas revistas que solo admiten trabajos matemáticos y respetuosos con la visión dominante. Lo que supone un perverso incentivo para especializarse en esa línea y que se abandonen temas o enfoques no coincidentes con ella, inevitablemente cada vez más mayoritaria.

Como la investigación condiciona la docencia, los manuales y los planes de estudio reproducen el mismo enfoque. Y las nuevas promociones salen imbuidas del

dogma correspondiente, que se acumula y agrava de generación en generación.

3. Algunos problemas de la ortodoxia

Esta opción mayoritaria arrastra varios problemas importantes.

Los primeros, metodológicos. Es evidente que la Matemática aporta una capacidad de análisis y de rigor nada despreciables. Sabemos que un modelo es una representación simplificada de la realidad y que describe, a través de unas relaciones entre variables, los aspectos que se consideran más relevantes de aquello que se persigue explicar. Sabemos que un modelo no es idéntico a la realidad y lo valoraremos positivamente si explica satisfactoriamente las relaciones económicas y nos ayuda a su interpretación. Por ello, no pueden despreciarse los modelos matemáticos. Pero siempre que sepamos aplicarlos con prudencia y con plena consciencia de sus limitaciones.

La formulación matemática condiciona y limita el contenido de las investigaciones y de los modelos. Es obvio que los modelos matemáticos difícilmente pueden integrar la complejidad de los individuos y de las interacciones sociales. Ello implica casi necesariamente excluir variables críticas, quizás mucho más decisivas que algunas de las incluidas en los modelos, solo porque su medición resulta difícil.

Consecuentemente, la “solucionabilidad” o la disponibilidad de datos se convierten en el criterio decisivo para la selección de los modelos, de los supuestos y de las variables (creo que esta idea se la leí a Stiglitz por vez primera). Es decir, que no se pretende construir el mejor modelo, sino el que cabe en fórmulas y datos accesibles. Como también se ha dicho, lo que vienen haciendo los economistas de la ortodoxia dominante no es solucionar problemas económicos, sino problemas matemáticos.

Inevitablemente, todos los modelos usan y abusan de la famosa cláusula del *ceteris paribus*: si todo lo demás no varía. El problema es que todo lo demás es, a menudo, tanto y tan relevante que es prácticamente imposible que no varíe. Con lo que las previsiones están condenadas a errar y tienen mucho de ejercicio formal vacío.

No puede extrañar que las predicciones fallen estrepitosamente una y otra vez y que la realidad contradiga con tanta frecuencia los modelos

¹ En castellano se abandona la denominación “Economía Política” y se queda en “Economía”. El equivalente terminológico al proceso en inglés habría sido pasar de “Economía” (Filosofía o Sociología) a “Económica” (como Física o Matemática).

convencionales. Cualquier científico, ante esa constatación empírica de que la realidad desmiente reiteradamente las prescripciones de la teoría, reconocería la falsedad de su modelo. Pero en nuestro caso, el investigador se queda muy tranquilo ante ese fracaso: porque en realidad ya advertíamos de que nuestro modelo era válido si las demás cosas no variaban. Y, claro, siempre encontraremos algún *ceteris imparibus* que nos permita explicar por qué falló. De ahí esa fama de que los economistas somos bastante buenos prediciendo el pasado. Afirmación tampoco del todo cierta.

Friedman (1953) (uno de los más relevantes mentores de la perspectiva de que si la realidad no coincide con la teoría, peor para la realidad) señalaba que lo importante de una teoría no es el realismo de los supuestos, sino su capacidad predictiva. Si los supuestos no son realistas y la capacidad predictiva es escasa, no hacen falta más comentarios. Leo a Krugman (El País, 24/08/2014): “cuando los mitos económicos persisten, la explicación suele encontrarse en la política (y, en concreto, en los intereses de clase)”.

Naturalmente, la docencia sigue a la investigación. Y así, reproducimos en nuestros programas docentes la ortodoxia antedicha. Seguimos hablando de la eficiencia del mercado, cuando las condiciones de la competencia perfecta son una abstracción inexistente en el mercado real; seguimos basando generalmente los modelos de equilibrio en la hipótesis de los costes marginales crecientes, cuando la realidad muestra cada vez más supuestos en los que son decrecientes o casi iguales a cero; seguimos pensando en un homo economicus racional que solo busca maximizar la utilidad... que se traduce en maximizar ingresos (volviendo a Aristóteles, confundiendo Economía con Crematística); seguimos explicando leyes supuestamente universales que ignoran los condicionantes de la historia y la cultura, la fuerza de los oligopolios, la relevancia de las instituciones, la racionalidad limitada, la información imperfecta, los intereses espurios y los benéficos...; seguimos ignorando las aportaciones de otras ciencias para poder explicar la realidad económica.

Por otro lado, la insistencia en una docencia extremadamente modelizada y con tan fuerte carga matemática parece inducir a pensar que todos los estudiantes de Economía se dedicarán profesionalmente a la investigación. Cuando es obvio que no. Para buena parte de los futuros graduados, lo que estudiaron resultará prácticamente inútil.

Además, en este proceso, hemos acentuado el aislamiento respecto a las demás ciencias sociales. Por

una parte, el lenguaje predominantemente formal y matemático dificulta el diálogo, porque los modelos resultan inaccesibles para colegas de otras ciencias no tan habituados al componente matemático. Si a eso añadimos la actitud de superioridad de muchos economistas matemáticos, que desprecian las ciencias sociales como de segunda división, y el denominado “imperialismo” de la ciencia económica, que se considera capaz de explicarlo todo con una metodología propia superior a cualquier otra en las disciplinas “no científicas”, la capacidad de recibir influencias de otros colegas y perspectivas resulta cercenada de raíz.

La ciencia económica es así progresivamente endogámica y, consecuentemente, cada vez más pobre. Es evidente que cuanto mayor sea la diversidad de los planteamientos metodológicos y de las perspectivas, mayor la reciprocidad entre los científicos de distintos ámbitos, mejor la incorporación de todas las variables que influyen en la complejidad de las realidades sociales... más consistentes serán los resultados de los análisis y más fiables los modelos descriptivos y predictivos.

4. La complementariedad

Para explicar los fenómenos económicos necesitamos de las aportaciones de otras ciencias, necesitamos trabajar con los especialistas que nos complementen con sus saberes no tan ajenos a los nuestros.

Cualquier enumeración de esas otras ciencias complementarias resulta embarazosa porque puede ofrecer una relación de obviedades y, además, dejar fuera algunos saberes igualmente relevantes. Tómese lo que sigue como un recordatorio resumido de algunos elementos de especial interés.

Me atrevo a agrupar esas ciencias en cuatro grandes grupos, y pido perdón de antemano también por los títulos simplificadores:

- **Los fundamentos**

Por razones de reconocimiento histórico, debe citarse en primer lugar la Filosofía. De esa raíz nació la Economía y no debe olvidarla. La lógica y el razonamiento, las reflexiones metodológicas propias de la Filosofía de la Ciencia, la concepción general del hombre y del mundo... son bases previas necesarias para situar la investigación y el acercamiento a los fenómenos sociales en general y económicos en particular.

Aunque sea una parte de la Filosofía, debe resaltarse de forma especial la Ética: el citado predominio de la Crematística sobre la Economía y del individualismo sobre la persona social nos han llevado a promover, más o menos conscientemente, modelos de comportamiento que asustan cuando los vemos caracterizados en libros y películas, cuando comprobamos los resultados a que nos están llevando. Los modelos deseables parecen ser los tiburones sin escrúpulos, el fin justifica los medios y se da como axioma que ética y negocios son conceptos incompatibles. Un código deontológico profesional debería ser parte obligada de estudio en todos los grados y, desde luego, en los de Economía.

Necesitamos también de la Psicología. Ya se ha mencionado la simplificación que supone el homo oeconomicus. Alguien tan poco sospechoso como Sargent (1993) ya hablaba de la racionalidad limitada. Necesitamos profundizar en las motivaciones de las personas, en sus impulsos y comportamientos. Solo desde un mejor conocimiento de las personas seremos capaces de construir modelos capaces de predecir correctamente los comportamientos económicos. No podemos conformarnos con construcciones basadas en individuos que solo pretenden maximizar sus ingresos ni con dictadores benevolentes que solo desean el bien común y que operan sin restricciones en tal dirección.

En Economía sabemos muy bien de la importancia de los incentivos y desincentivos para orientar comportamientos. Las aportaciones de la Psicología para su mejor comprensión resultan obviamente muy relevantes.

- **La coincidencia**

Como ciencia social que es, la Economía debe trabajar en estrecho contacto y especial colaboración con las ciencias que estudian la misma realidad. Algunas de ellas las incluyo en el apartado siguiente (el entorno), para centrarme aquí en tres que considero imprescindibles para entender y explicar los fenómenos económicos.

En primer lugar, y de forma destacada, el Derecho. Las instituciones jurídicas son claves para entender la realidad económica. Mutuamente, se condicionan de forma decisiva. La regulación de los derechos de propiedad, el régimen de contratos, las relaciones laborales, los controles y regulaciones, la normativa fiscal, la definición de las instituciones... son algunos ejemplos de relevancia tan decisiva en el funcionamiento cotidiano de los mercados que parecería innecesario insistir más en ello. Casi habría que extrañarse de que

en cada capítulo de nuestros manuales de Economía y en cada trabajo de investigación no se incluya un análisis de los condicionantes jurídicos de aquello que estamos explicando.

La Sociología es otro componente fundamental para el estudio de la Economía. Si la Psicología nos ayudaba a entender los comportamientos individuales, la Sociología nos permitirá el mejor conocimiento de la actividad social de los seres humanos. No olvidemos que para los grandes economistas, desde los clásicos a Keynes, la historia de la economía es al final una lucha entre clases sociales y naciones para conseguir la hegemonía. Y que, Ricardo dixit, detrás de cada debate económico encontramos un problema de distribución de la renta, de la riqueza y del poder.

Por ello, también es esencial el concurso de la Ciencia Política y de la Administración. Implícitamente o explícitamente, se quiera o no, el trabajo de los economistas se encamina a orientar políticas y decisiones. Cualquier análisis de fenómenos económicos conlleva casi inevitablemente conclusiones que de una forma u otra están aconsejando cambios en comportamientos, modificaciones legales, políticas correctoras... Los estudios sobre el funcionamiento de las instituciones políticas, la toma de decisiones o la resolución de conflictos afectan a la entraña misma de las relaciones económicas.

- **El entorno**

Todas las demás ciencias sociales complementan la visión económica, al incidir sobre los factores del entorno que hacen que cada momento histórico, cada zona geográfica, cada cultura, cada persona, incluso cada individuo en distintos momentos de su vida... impliquen comportamientos diferentes y alteraciones relevantes sobre cualquier intento explicativo de la realidad o cualquier predicción científica.

Creo que bastará con la enumeración de algunas de ellas para entender su relevancia, sin necesidad de detenerme en cada una de ellas: Historia, Geografía, Antropología, Demografía o Ecología aportan elementos estructurales y sociales fundamentales sin cuyo concurso el conocimiento de los fenómenos económicos queda inevitablemente incompleto

- **Los instrumentos**

Para terminar, es obligado citar otras ciencias que aportan al análisis económico su instrumental imprescindible. La Matemática, la Estadística, la Contabilidad, como las más destacadas, son ciencias sin las cuales no podría desarrollar la Economía la mayor

parte de sus potencialidades. Pero lo común de todas ellas, es preciso subrayarlo de nuevo, es que son instrumentos, nunca pueden convertirse en fines ni en condicionantes decisivos.

Como decía al inicio del epígrafe, esta relación no puede considerarse excluyente. Según qué temas, el concurso de otras ciencias puede ser también especialmente necesario. Cualquier saber que estudie los problemas analizados será siempre útil para mejorar nuestro conocimiento y la capacidad explicativa del análisis.

5. Hacia otro programa de enseñanza

Necesitamos valentía para acometer un profundo cambio de nuestros programas de enseñanza de la Economía. Los estudiantes y muchos empleadores sienten que el graduado en Ciencias Económicas recibe una formación que es irrelevante para entender la economía en su funcionamiento real, con un lenguaje matemático incomprensible para quienes reciben sus mensajes, que, además, con demasiada frecuencia, son equivocados e inútiles.

Reincorporemos las ciencias complementarias que se han señalado y que ya estuvieron presentes en anteriores planes de licenciatura. Disminuyamos el peso de la formulación matemática (que debe mantenerse en posgrados y doctorados más especializados) y demos cabida a factores institucionales que los modelos al uso difícilmente incluyen.

Es legítimo que cada centro elija un enfoque dominante para estructurar su plan docente. Pero, con Chang y Aldred (2014), “se debería introducir a los estudiantes a diferentes aproximaciones a la Economía. Sólo la economía de libre mercado ya tiene tres variantes -la escuela clásica (Adam Smith y David Ricardo), la escuela austríaca (Friedrich Hayek) y la escuela neoclásica, que es la actual corriente dominante-. Más allá de éstas, hay muchas otras escuelas influyentes en el pensamiento económico incluyendo la keynesiana, la marxista, la schumpeteriana, la institucionalista, la desarrollista y la conductista. Todos estos modos diferentes de análisis han tenido sus fortalezas y debilidades, razón por la cual los estudiantes necesitan saber de cada una de ellas: porque un buen análisis de los complejos problemas del mundo real requiere más de una perspectiva analítica.”

Una propuesta razonable podría consistir en la incorporación de seminarios periódicos en los que se planteara una revisión de lo estudiado en el enfoque dominante en el plan de estudios desde algunas (y subrayése el plural) de las otras perspectivas del análisis económico.

Solo de esa forma conseguiremos una formación integral de nuestros futuros economistas, al tiempo que contribuimos a una ciudadanía crítica, con capacidad de análisis y de elección real entre el amplio abanico que ofrece la ciencia.

Referencias

- Chang, Ha-Joon y Aldred, Jonathan (2014): “*Después del crack, necesitamos una revolución en el modo de enseñar la economía*”. En *La teoría económica y su enseñanza, en cuestión*. Dossier. En www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/6pilking.pdf
- Friedman, Milton (1953): *Essays in Positive Economics*. University of Chicago Press. Chicago. Hay varias traducciones al español (*Ensayos sobre economía positiva*), como la de Editorial Gredos de 1967.
- *Revista Asturiana de Economía*. “*La enseñanza de la Economía*”. Número 38. Enero-abril 2007.
- Sargent, Thomas (1993): *Bounded Rationality in Macroeconomics*. Clarendon Press. Oxford.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO: UN ANTÍDOTO CONTRA LA TIRANÍA DE LO "ÚTIL"

Fernando López Castellano (Universidad de Granada)

"No history of ideas, please, we're economists"

Con esta expresión, el célebre metodólogo de la ciencia económica M. Blaug ironizaba sobre la paulatina desaparición de la disciplina "Historia de las ideas" en los planes de estudio, como elemento básico e insustituible en la formación de los economistas. El problema no es nuevo. A principios de la década de 1950, P. A. Samuelson criticaba a los partidarios de incluir la historia del pensamiento económico en los planes de estudio de Economía, argumentando que su actitud respondía al temor que les causaba la complejidad del Análisis Económico. Sin embargo, economistas como J. A. Schumpeter, L. Robbins, G. Stigler, J. Viner, J. M. Keynes o el propio Samuelson dedicaron gran parte de su trabajo al estudio de la historia del pensamiento económico. De hecho, Samuelson incorporaría en su manual un capítulo titulado "Evolución de las doctrinas económicas", para poder enfrentar, aducía, los paradigmas de la Economía convencional con las ideas de F. von Hayek y M. Friedman y las tendencias iconoclastas de J. K. Galbraith.

La paulatina desaparición en los planes educativos de los saberes humanísticos ha sido denunciada por Martha Nussbaum en su obra *Sin fines de lucro*, firme alegato contra la mercantilización de la vida y el imperialismo de lo económico. La autora advierte de los peligros de la pérdida del espíritu humanista en un modelo educativo que persigue la rentabilidad y busca un resultado "comercializable" y susceptible de ser cuantificado. Nussbaum identifica este modelo con el paradigma de desarrollo/crecimiento económico y aboga por otra forma de educación, identificada con el paradigma del desarrollo humano, que promueva el civismo, mediante el cultivo de la capacidad de reflexión, el pensamiento activo y la mirada crítica. Seguir una u otra tendencia derivaría en generaciones de "máquinas utilitarias" o de "ciudadanos cabales". Más recientemente, el filósofo italiano Nuccio Ordine, en su preciosa obra *La utilidad de lo inútil*, sostiene que estos saberes, lejos de ser inútiles, son imprescindibles, porque son inmunes a toda aspiración al beneficio.

Dicho esto, podemos preguntarnos con G. Stigler,

¿tiene la ciencia económica un pasado útil? Habría que responder, con A. Barceló, que es conveniente pasar revista a las "ondas largas del pensamiento económico" y trabar conocimiento con los antecesores, para aprender de los errores y aciertos del pasado y para no redescubrir la pólvora. A esto habría que unir las ventajas que Schumpeter atribuía a las visitas al "cuarto trastero": pedagógicas, adquisición de nuevas ideas y comprensión de los modos de proceder del espíritu humano. El estudio de la historia del pensamiento económico permite comprender el proceso creativo y el marco histórico y filosófico de la creación científica. También ayuda a conocer cómo ha alcanzado la ciencia económica el lugar que ocupa en la actualidad. Y, desde el punto de vista pedagógico, y habida cuenta de la actual estructuración de los planes de estudio, representa una gran oportunidad para los futuros economistas de reflexionar sobre el papel y el contenido de las grandes escuelas de pensamiento económico a lo largo del tiempo.

El conocimiento interdisciplinario que reclamaba P. Streeten en la educación del economista también resulta de gran utilidad para comprender la crisis actual y la deriva de la ciencia económica denunciada por Hodgson. El estudio de la historia del pensamiento económico podría ayudar a evitar situaciones como la descrita por el premio nobel de economía, P. Krugman, en su polémico artículo titulado "How did Economists Get it so Wrong?". Krugman analiza el estado actual de la teoría económica y el papel de los economistas, dando cuenta de la perplejidad reinante ante la magnitud de una crisis inaprensible con el arsenal teórico del paradigma vigente, y advierte de la inexistencia de una teoría solvente capaz de darle solución. Tal conclusión no tiene nada de sorprendente a tenor de la creciente diversificación y especialización de la ciencia económica, que afecta a métodos y técnicas de análisis, conceptos claves y supuestos simplificadores, y que ha llevado a una división del trabajo entre grupos autónomos de economistas que, a menudo, ignoran lo que sucede en otras áreas de investigación.

Estudiando historia del pensamiento económico se podría entender cómo se ha llegado a esta situación y aclarar un debate muy técnico y confuso para situar en

perspectiva los acontecimientos actuales. El estudio de la historia del pensamiento económico enseñaría a los futuros economistas a rechazar las ideas preconcebidas y los enfoques unidimensionales y a evitar tentativas de buscar "verdades económicas", y contribuiría a su formación interdisciplinar, en su doble dimensión científica y ciudadana. En definitiva, y como subrayaba el economista chileno Max-Neef en una entrevista realizada en el verano de 2011, la única forma de evitar futuras catástrofes es contar con economistas más cultos, que sepan historia, que conozcan el origen de las ideas y que reconozcan que el sistema económico no funciona al margen del ecosistema. La historia del pensamiento económico ayuda al debate teórico entre enfoques alternativos y contribuye a percibir las cosmovisiones que subyacen en las distintas teorías y a razonar de forma autónoma. La historia del pensamiento económico sería, en fin, uno de los saberes necesarios, por utilizar la expresión de E. Morin, en la formación del futuro economista.

¿Historia del Pensamiento Económico o Historia del Análisis Económico?

Pese a la opinión generalizada de que el progreso de la investigación requiere situarse en la frontera teórica del conocimiento, un debate riguroso exige revisar las distintas visiones sobre el funcionamiento de los sistemas económicos desarrolladas a lo largo del tiempo, que implican distintas miradas y diferentes formas de concebir el problema económico y sus soluciones.

De modo provisional, y como relata René Passet, se puede avanzar que del estudio de la historia del pensamiento económico se infieren dos grandes ideas: que no hay verdad eterna en economía y que no se puede juzgar a los autores fuera de su época. En cuanto a la primera afirmación, cabe señalar que la gran variedad de escuelas de pensamiento existentes evita cualquier pretensión de verdad absoluta. A esta diversidad de escuelas y subescuelas se refería Morishima en los siguientes términos: "Afortunadamente, o no, existe un considerable número de escuelas dentro de la economía. Cada escuela posee sus teorías particulares, lo que supone la existencia de una gran diversidad de teorías económicas. Pueden clasificarse a grandes rasgos en escuelas como, por ejemplo, la economía clásica, la economía neoclásica, la economía marxiana y la economía keynesiana; pero éstas pueden a su vez reclasificarse en subescuelas tales como neo-keynesianas o incluso neo-austríacas. Al final de la lista podemos encontrar la economía institucional, la escuela histórica y también la escuela energética de la econo-

mía". Sin ánimo de ser exhaustivos, la lista podría completarse con la Economía neorricardiana o srafiiana, la postkeynesiana, la Economía radical americana, la escuela de la regulación francesa, la Economía Ecológica, la Medioambiental, la Institucional o Neoinstitucional, la Economía Política Institucional, la Feminista o los distintos enfoques sobre el desarrollo. Pese al gran número de enfoques existentes, muchos economistas siguen sin reconocer la existencia de visiones, cosmologías e ideologías, ni de historia, tras sus modelos analíticos, como advertía D. Anisi, en la Lección inaugural del Curso Académico 2006-2007, en la Universidad de Salamanca.

Con respecto a la segunda, se puede plantear que la insistencia de D. Ricardo en la virtud del ahorro era lógica en la Inglaterra del siglo XIX, en los inicios de un capitalismo falto de ahorro para llevar a cabo la necesaria acumulación de capital. A principios del siglo XX, el motor de la economía era el consumo, de ahí que Keynes sacralizara el gasto.

De aquí deriva el problema añadido de cómo acercarse a ese proceso histórico continuado, teniendo en cuenta que la Economía en cada época trató, en gran parte, conjuntos diferentes de hechos y problemas. Según M. Blaug, existen cuatro formas de hacer historia del pensamiento en cualquier ciencia: mediante las ideas centrales y explicando por qué eran centrales; a través de la reconstrucción histórica, es decir, presentando a los autores pasados en sus propios términos; siguiendo una reconstrucción racional y tratando a los pensadores de cualquier época como si fueran nuestros contemporáneos; haciendo apología del pensamiento propio, usando y abusando de los autores precedentes.

Según Ll. Barbé, se puede estudiar la evolución de la materia desde una postura relativista, esto es, considerando que dicha evolución se debe a la influencia de los acontecimientos del mundo real o de las políticas e ideologías dominantes; o desde una posición absolutista, lo que vale decir que la Economía evoluciona como cuerpo científico a causa de la propia inercia del mundo académico que la construye. Tal opción, absolutista, es la adoptada por Schumpeter al decantarse por estudiar la evolución de la teoría económica, entendida como "caja de herramientas", según la afortunada definición de Joan Robinson. Para Schumpeter, lo que interesa de A. Smith es como argumentó sus planteamientos y los instrumentos analíticos que utilizó (análisis económico), más que lo que defendió (pensamiento económico). La Historia del Análisis Económico sería "la historia de los esfuerzos

intelectuales realizados por los hombres para entender los fenómenos económicos" o, dicho de otra forma, "la historia de los aspectos analíticos o científicos del pensamiento económico".

La asunción de un enfoque relativista implica aceptar que entre la evolución histórica y las investigaciones teóricas existe un vínculo bidireccional. El mundo material tiene una gran influencia sobre el trabajo de cualquier científico social, y el debate teórico puede ejercer una influencia decisiva en las elecciones de política económica y en las creencias y opiniones. Otro aspecto importante a resaltar, como ha relatado Albert O. Hirschman, es que cada escuela de pensamiento económico tiene su propio lenguaje; y su trabajo consiste en la elaboración y mejora de su marco conceptual, en procurar que todas las categorías conceptuales estén disponibles y presentes. A través de la historia, los economistas han producido gran variedad de marcos conceptuales y de sistemas analíticos, diferenciados por las situaciones institucionales a las que se referían y por los fines para los que construyeron cada uno de los principales sistemas. Las temáticas o problemáticas a partir de las cuales los economistas han construido sus marcos conceptuales tienen su origen tanto en la realidad como en su propio sistema de ideas.

Así, fisiócratas y clásicos intentaron comprender la naturaleza y causas de la revolución industrial y económica que se producía ante sus ojos; y se preocuparon por el crecimiento, la acumulación de capital, la distribución de los frutos del progreso y la posibilidad de un estado estacionario. Para abordar dichas problemáticas, se dotaron de una serie de conceptos tales como valor -de uso y de cambio-, renta, división del trabajo, u homo oeconomicus. Los marginalistas se centraron en la eficiencia, la escasez, el consumo, el equilibrio parcial y el equilibrio general, y desarrollaron conceptos como el principio marginal, bienes económicos y no económicos, sustitución, economías internas y externas y elasticidad.

La crisis del "laissez-faire" dio paso a amplios desarrollos de Economía normativa y al nacimiento de la Macroeconomía. J. A. Schumpeter, preocupado por el desarrollo económico y el comportamiento cíclico, introdujo conceptos como el de innovación. J.M. Keynes analizó las variaciones a corto plazo de la producción en una economía cerrada y propuso elementos conceptuales como el principio de la demanda efectiva, las expectativas y la incertidumbre, la eficiencia marginal del capital, la propensión a consumir, el multiplicador y la trampa de la liquidez. La síntesis neoclásica se

centró en la elaboración de un modelo general de equilibrio a largo plazo, alcanzado mediante la flexibilidad de los precios. La incapacidad de la "síntesis" para explicar el paro y la inflación dio paso a la "contrarrevolución" neoclásica.

La Economía postkeynesiana cuestiona la lectura neoclásica del modelo de la síntesis y pretende extender al largo plazo la Economía keynesiana, centrando su análisis en el conflicto distributivo existente en las sociedades industriales y en la aplicación de la política de rentas para solucionar el problema de la inflación. Para ello, elabora un marco conceptual con términos como tiempo histórico, formas de competencia y precios y salarios administrados, entre otros. El monetarismo enfatiza el problema de la inflación, con aportaciones conceptuales como renta permanente o tasa "natural" de paro. La "nueva" Macroeconomía clásica parte de la noción de expectativas racionales para cuestionar la explicación convencional de la estagflación.

La Escuela de Chicago, representada por T.H. Schultz, G. Becker y G.J. Stigler, enfatizó la Teoría del capital humano y la Economía de la Regulación, a partir de conceptos como los costes de adquisición de la información. La escuela de la Elección Pública se ha centrado en el análisis del Estado y del proceso político, al que identifica como un mercado político donde existe intercambio. La nueva Economía Institucional subraya el papel de las instituciones y el cambio institucional en el desempeño de las economías. La Economía de la Regulación francesa introduce conceptos como régimen de acumulación, formas de gestión de la moneda, y relación salarial. La Economía Evolucionista desarrolla un marco conceptual mediante analogías con la Biología y con propuestas darwinianas.

Con una elaboración de mayor alcance y con vocación interdisciplinar, René Passet integra los avances de la ciencia económica en un marco más general. La escuela liberal clásica (Adam Smith, David Ricardo, Jean-Baptiste-Say, John Stuart Mill) comparte las descripciones de Descartes y Newton del funcionamiento del mundo como un reloj y de los seres vivos como máquinas. El descubrimiento de la energía y de las leyes de la termodinámica anuncia la revolución industrial y una mirada nueva sobre el mundo, que rompe con la imagen del equilibrio y la repetición: el mundo se mueve, evoluciona, como demostrará Darwin. En el terreno económico, la concepción del "equilibrio general" de los mercados de L. Walras se corresponde con la primera ley de la termodinámica,

la de la conservación; la autodestrucción del sistema capitalista anunciada por K. Marx y F. Engels, con la segunda ley, la de la degradación.

En el nuevo marco conceptual planteado por las llamadas "ciencias duras", J. M. Keynes construye su obra relativizando la teoría económica clásica de la misma forma que Einstein relativizara el universo newtoniano. De la misma forma que Einstein integrara el tiempo y el espacio en un concepto único de espacio-tiempo, Keynes lo hizo con la moneda, portadora de tiempo, en el espacio de la economía real, frente a la neutralidad del dinero del pensamiento clásico. También se inspiró en Freud para establecer los fundamentos psicoanalíticos de los comportamientos individuales, e introdujo la incertidumbre en el marco de racionalidad de los mercados y los individuos, que defendía el pensamiento dominante.

En definitiva, recorriendo los momentos más significativos de la historia del pensamiento económico se pueden conocer los grandes problemas, centros de interés y categorías de análisis que ocuparon el centro del discurso económico, así como las soluciones propuestas en las distintas épocas; el proceso y los determinantes que influyeron en su elección; su transformación y adecuación a unas circunstancias cambiantes; y las razones por las cuales muchas de ellas fueron ignoradas hasta configurar lo que en la actualidad se identifica con la corriente principal de la ciencia económica. Tal enfoque permitiría reivindicar enfoques, términos y autores que, en el mejor de los casos, no han sido afortunados y, en el peor, han transitado por el submundo de la Economía, como escribía R. Heilbroner. Conviene advertir que en este recorrido debe darse la palabra a los propios autores para evitar que sus ideas se tergiversen, malinterpreten o falseen. La falta de lectura de textos originales en las facultades de Economía facilita la malinterpretación y la divulgación de tópicos. El fenómeno no es novedoso y los alegatos de F. Engels a favor de la concepción materialista de la historia, de E. Fromm contra la falsificación de las concepciones en Marx, o de A. Sen sobre la mala interpretación de Smith, son ejemplos claros.

Referencias

- Anisi, D. (2006), "*Economía: la pretensión de una ciencia*", Lección Inaugural del Curso Académico 2006-2007, Universidad de Salamanca.
- Barbé, Ll. (1993), *Curso de introducción a la Economía. I. La escuela clásica*, Labor, Barcelona.
- Barceló, A. (1992), *Filosofía de la economía. Leyes, teorías y modelos*, Fuehem/Icaria, Barcelona.
- Blaug, M. (2001), "*No history of ideas, please, we're economists*", *The Journal of Economic Perspectives*, nº. 15, pp. 145-165.
- Hirschman, A. O. (1991), *Retóricas de la intransigencia*, F.C.E., México.
- Krugman, P. (2008). "*¿Cómo pudieron equivocarse tanto los economistas?*", *Ensayos de Economía*, nº. 33, Vol. 18, pp. 209-218.
- Passet, R.L. (2013), *Las grandes representaciones del mundo y la economía a lo largo de la historia*, Eudeba, Buenos Aires.
- Roncaglia, A. (2006), *La riqueza de las ideas*, P.U.Z., Zaragoza.
- Schumpeter, J. A. (1971), *Historia del Análisis Económico*, Ariel, Barcelona.

NO EXISTE ECONOMÍA SIN ÉTICA: LA ÉTICA EN LA FORMACIÓN DE LOS ECONOMISTAS

Fernando García Quero (Universidad de Granada, Economistas sin Fronteras)
y Jorge Ollero (jurista de Instituciones Penitenciarias)

Introducción

La Ética es la parte de la Filosofía (Filosofía Moral) que se encarga de la justificación mediante la reflexión de las experiencias vitales y del deber, es decir, de la moral (VV. AA., 2003)¹. Estudia los fundamentos racionales de la conducta de las personas y trata de responder a preguntas como ¿qué es el buen vivir?, ¿cuáles son los fines de la vida? o ¿cómo debemos vivir? La Ética tiene una manera indirecta de orientar la acción y fundamentar las múltiples respuestas que pueden ser dadas a las anteriores preguntas (Cortina y Martínez, 1996). No existe una concepción ética más razonable y de carácter universal; ciertas éticas prefieren la libertad, otras la igualdad, otras la compasión, otras la utilidad, etc. Existen tantas éticas como justificaciones diferentes de las acciones puedan darse. Si las razones que justifican las acciones son emociones, estamos ante una ética emotivista, donde nuestro deber es realizar el comportamiento más placentero; si la razón que justifica las acciones es el deber, “debo porque debo”, en base a criterios estrictamente racionales, estamos ante éticas de tipo deontológico.

La ética es inherente al ser humano y está presente en todas las acciones que éste realiza, incluidas las de creación de conocimiento. En lo que respecta a la Economía, cualquier teoría o política económica parte de unos posicionamientos éticos e ideológicos concretos, independientemente de que se hagan explícitos o no. Nada tiene que ver partir de una ética puritana para analizar la economía o las posibles implicaciones de determinadas políticas económicas, que hacerlo desde una concepción humanista del mundo. A pesar de que en sus orígenes más remotos la Economía fue considerada una disciplina subordinada a la Ética y a la política², desde finales del siglo XIX hasta la actualidad la corriente principal que ha dominado su estudio ha

ocultado el estrecho vínculo existente entre estas disciplinas. Esta interpretación de la Economía, conocida comúnmente como neoclásica, marginalista o neoliberal, domina por completo la mayor parte de planes de estudio, programas de investigación y publicaciones científicas internacionales.

En este artículo analizaremos brevemente esta concepción de la Economía, para mostrar cómo, bajo una falsa neutralidad y objetividad, se encubren ideas determinadas sobre los fines de la vida y el modo en que los seres humanos tienen que relacionarse con los demás, con ellos mismos y con todo lo que les rodea³. En primer lugar, situaremos el punto de partida de la pretendida separación entre Ética y Economía, y se expondrán los principales fundamentos de la propuesta teórica neoclásica. Posteriormente, tras presentar las limitaciones principales del enfoque convencional, se demostrará cómo éste se posiciona éticamente para construir su cuerpo teórico y metodológico. Finalmente, se expondrán las principales conclusiones del artículo y se discutirá la importancia de incorporar la discusión sobre la Ética en la formación de los economistas y las economistas.

La Economía del homo oeconomicus

La historia de la pretendida separación entre Ética y Economía seguramente tenga diversos orígenes, pero, con toda seguridad, uno de los más importantes comienza en la revolución marginalista de finales del siglo XIX. A partir de los análisis de autores como Antoine A. Cournot (1801-1877), Léon Walras (1834-1910), William Stanley Jevons (1835-1882), Carl Menger (1840-1921), Francis Y. Edgeworth (1845-1926), John Bates Clark (1847-1938), Vilfredo Pareto (1848-1923), Irving Fisher (1867-1947) o Arthur C. Pigou (1877-1959), la Economía deja de ser tratada como una ciencia social para abordarse como si de una

¹La moral son las reglas por las que se rigen los comportamientos de los seres humanos en relación a otros, a sí mismos y a todo lo que les rodea.

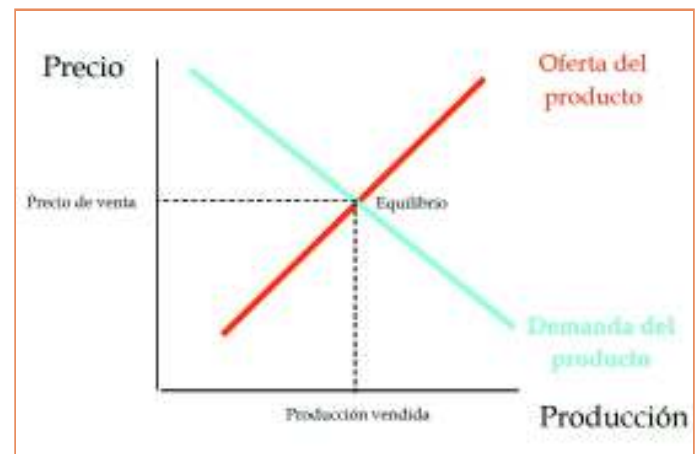
²De acuerdo con Aristóteles (384-322 AC), la economía solo gozaba de utilidad como herramienta para alcanzar el bien común (Aristóteles, 1985).

³Para una análisis más en profundidad sobre estas cuestiones, ver el trabajo de García-Quero y Ollero Perán (2014).

ciencia natural se tratase⁴. Hay un desplazamiento en el objeto de estudio y en las cuestiones de interés para la Economía. Frente a la importancia que los economistas clásicos daban a la teoría del desarrollo, la división del trabajo, las cuestiones de distribución y acumulación, la circulación del producto, el tiempo, la historia, la política o los asuntos éticos y sociales, la nueva ortodoxia se centra en un problema de eficiencia y elección⁵. La Economía pasa a estudiar cómo emplear óptimamente recursos escasos, es decir, elegir la opción que minimiza los costes y maximiza los resultados (ciencia de la elección; Robbins, 1932:16). Utilizando la Física y las Matemáticas como modelo, la Economía persigue convertirse en un saber especializado, en un instrumento técnico de análisis con un curriculum independiente de las ciencias morales.

Las condiciones que permiten a la Economía pasar a ser considerada una ciencia equivalente a la Física y no una rama de la Ética son las que posibilitan el cumplimiento del enfoque económico del equilibrio general (paradigma walrasiano, Walras, 1874). Este análisis parte de la acción individual de los agentes (individualismo metodológico) y no de la colectividad, como en el análisis clásico. Todas las personas toman decisiones de acuerdo a unos principios claros y definidos que condicionan su comportamiento: los recursos son escasos y las necesidades de los seres humanos ilimitadas; cuando se toman decisiones que tienen que ver con el hacer más o el hacer menos de una determinada tarea, se está haciendo una comparación racional entre los costes y los beneficios de una u otra opción; siempre son aprovechadas las oportunidades de mejorar que se presentan; y cualquier elección que se toma se puede evaluar como un coste, el de todo a lo que se ha renunciado por tomarla. Este tipo de comportamiento interpreta la conducta de los agentes como si de ejemplares de homo oeconomicus se tratasen, actuando bajo una conducta maximizadora y un carácter egoísta. A estos principios de cómo los individuos toman decisiones se une la creencia de que la interacción entre sus decisiones llevará a un resultado deseable desde el

punto de vista individual y social. La suma agregada de las decisiones individuales de los agentes representa un mecanismo social de coordinación de las elecciones individuales que conduce al equilibrio social. En terminología económica, se alude a que cuando los agentes económicos (individuos, familias, organizaciones, empresas y estados) se ponen en contacto libremente en el mercado, el mecanismo de precios lleva a una asignación Pareto eficiente, dónde todas las oportunidades de mejorar han sido aprovechadas, los recursos se han utilizado lo mejor posible y ningún participante puede mejorar sin que otro empeore. Para alcanzar este óptimo paretiano las interacciones tienen que concurrir en las siguientes condiciones: existencia de un número elevado de participantes (oferentes y demandantes), de modo que ninguno tenga capacidad para influir en el mecanismo de precios; los intercambios se producen entre productos homogéneos, sin apenas diferenciación; cualquier agente puede sumarse al intercambio sin incurrir en coste alguno; e información perfecta sobre todos los elementos que están involucrados en la transacción.



⁴ Exceptuando el *impass* que se produce entre 1940 y 1970, donde el *mainstreaming* de la Economía estuvo representado por la orientación *keynesiana*, la economía *marginalista* ha sido la ortodoxia dominante en el pensamiento económico. Roncaglia (2005) diferencia dos etapas en la economía neoclásica: la de conceptualización, en la que los supuestos se eligen para utilizarlos como base del análisis (1873-1945); y la axiomática, de construcción del modelo, en la que se busca la solución analítica a un problema matemático (1945-presente).

⁵ Es interesante recordar que el “padre” de la Ciencia Económica moderna, Adam Smith (1723-1790), era profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow. Para un riguroso análisis sobre la relación entre Ética y Economía en Aristóteles y en Adam Smith, ver el texto de Conill (2006).

Estas condiciones constituyen lo que se conoce comúnmente como mercado perfectamente competitivo o competencia perfecta, en la que una libre interacción entre individuos egoístas, racionales y maximizadores llevará a un equilibrio en el que, como decíamos anteriormente, se alcanza el máximo grado bienestar social e individual (*ver la figura adjunta, página 26*)⁶.

Ante los principios y las asunciones expuestos sobre los mecanismos del mercado, la agencia humana y la interacción entre agentes económicos, se plantean varias incógnitas: ¿se dan estas condiciones?, ¿realmente los individuos nos comportamos racional y egoístamente?, ¿son nuestras necesidades ilimitadas?, ¿los recursos para satisfacer nuestros deseos son escasos en todos los casos?, ¿en qué se basa esta concepción de la Economía para partir de estos principios y no de otros?

No existe economía sin ética

Muchos autores han demostrado las fallas de los supuestos de partida de las teorías neoclásicas. Coase (1937) y Greenwald y Stiglitz (1986) demostraron que la competencia perfecta es una situación idílica e inverosímil. Sen (1979) refuta la idea de la existencia de una solución óptima socialmente, argumentando que un equilibrio eficiente no tiene por qué ser una situación mejor en términos de bienestar social y distribución de la renta. En cuanto al comportamiento humano, autores como Simon (1983) o Hodgson (2001) contradicen los principios que asumen el carácter egoísta y racional de los individuos. En su afán por ser ciencia, la Economía neoclásica simplifica el comportamiento humano y construye un mundo ficticio asumiendo que hay información perfecta, no existe innovación ni instituciones, todos los bienes son uniformes y los individuos actúan con criterios de maximización en un sistema de preferencias dado. El enfoque neoclásico sin datos empíricos observables configura una realidad artificial y la estructura cogni-

tiva que opera en ella⁷. Esto implica que, desde su génesis, la Economía neoclásica se posiciona en una concepción ética concreta conforme a la que crea esa abstracción. Al interpretar la Economía como la ciencia de la elección, asumiendo supuestos como individualismo metodológico, valor subjetivo, continua competencia por recursos escasos, egoísmo, racionalidad, insatisfacción...se está dando por sentada la concepción moral más adecuada y razonable para alcanzar unos objetivos deseables, se está haciendo ética.

Toda la propuesta ortodoxa, conscientemente o no, está optando por una postura ética. Veblen expone que aunque la lógica de argumentación de las teorías neoclásicas es perfecta, sus suposiciones básicas sobre el comportamiento humano y la armonía del sistema son normativas y morales (Veblen, 1900). Tanto la argumentación de que el comportamiento de los seres humanos está motivado por maximizar su placer y minimizar el dolor de forma racional (psicología hedonista) como la armonía del sistema, encarnada principalmente en la mano invisible de Smith y en el equilibrio general o parcial de los marginalistas, están erradas (Veblen, 1900). En esta crítica, Veblen acusa a la Economía neoclásica de ser teológica (la existencia de un equilibrio bueno y con resultados beneficiosos para la sociedad no atiende a prueba empírica alguna) y pre-darwiniana (es determinista y no tiene en consideración que las actitudes económicas no están predeterminadas, sino que dependen de la evolución de los seres humanos en respuesta a diferentes circunstancias y contextos) (Veblen, 1900). La Economía neoclásica es ante todo una propuesta ética que construye una realidad propia. Los supuestos del equilibrio económico general no pueden ser comparados con los de la ley de la gravedad. Que la Economía sea una ciencia social conlleva que en ningún caso pueda gozar de la universalidad de las leyes físicas.

⁶Los principios y premisas enumerados hasta el momento configuran los supuestos de partida de los que parten la mayoría de las asignaturas básicas en los estudios de Economía. Asignaturas como *Introducción a la Economía, Economía Política, Microeconomía, Macroeconomía, Crecimiento Económico o incluso Sector Público*, entre otras, asumen estos supuestos de partida y este modo de entender la realidad económica. A modo de ejemplo, pueden verse algunos de los manuales más usados en las asignaturas de *Introducción a la Economía y Microeconomía de los planes de estudio de Economía: Samuelson, P. y Nordhaus, W., 2010 (19ª ed.); Mankiw, 2009 (5ª ed.); Pindyck y Rubinfeld, 2008 (7ª ed.) o Varian, H., 2011 (8ª ed.)*.

⁷ Gallardo (2004:26) divide las investigación neoclásica en dos ramas: la de los teóricos, que en general no validan sus modelos empíricos y se fundamentan en un lenguaje matemático; y la de los encargados de la práctica, que, con la intención de hacer política económica, utilizan modelos aplicados (econométricos, experimentos, etc.). Estos últimos, al trabajar con supuestos ad hoc, se fundamentan empíricamente en su solidez estadística y no en los modelos teóricos que asumen. Lo empírico sólo hace referencia a modelos particulares, simplificaciones y abstracciones de la economía en su totalidad.

Reflexiones finales

El premio Nobel de Economía Amartya Sen, en una de sus obras seminales (*Sobre Ética y Economía*, 1989), señalaba el gran distanciamiento existente entre la corriente dominante en Economía y la Ética. En este trabajo hemos rebatido esa afirmación, argumentando que la Economía convencional no está separada de la Ética, sino que parte de una propuesta ética concreta y de una concepción determinada sobre qué es vivir bien, cuáles son los fines de la vida o cómo deben comportarse los seres humanos. Partiendo de un posicionamiento ético, crea una realidad artificial (supuestos de la Teoría Económica del equilibrio general) y la estructura cognitiva que opera en ella (supuestos sobre el comportamiento humano). La Economía neoclásica no es neutral, objetiva, ni puede universalizarse. Da por sentada una concepción moral más adecuada y razonable para alcanzar unos objetivos deseables, por lo que cualquier intento de posicionarse a favor de ella es un posicionamiento ideológico⁸.

Aplicar medidas de política económica o de desarrollo en base a la propuesta teórica convencional, aduciendo que son la opción más “objetiva”, es contradictorio y deshonesto. Estos hechos se relacionan directamente con las políticas económicas impuestas durante los últimos años en países como España, Grecia o Portugal. Desregulaciones y liberalizaciones de mercados, privatizaciones, flexibilizaciones laborales, ajustes regresivos o recortes masivos en el gasto social conllevan una ideología y una manera concreta de interpretar el mundo, conllevan la defensa de unos intereses económicos particulares en detrimento de otros. Sin embargo, muy lejos de interpretarse de esa manera, se presentan con la supuesta objetividad que les otorga una Ciencia Económica que por su misma naturaleza nunca podría hacer afirmaciones de tal tipo.

Estas reflexiones colocan la Ética en la primera plana del debate sobre la enseñanza de la Economía. La discusión sobre la Ética tiene que trasladarse a las aulas y convertirse en la piedra angular de cualquier proyecto formativo transformador. Es necesario formar a economistas que discutan sobre estas cuestiones, las consideren y las expliciten a la hora de tomar decisiones. De no ser así, cientos de miles de economistas seguirán terminando sus carreras pensando que cualquier tipo de acción es reducible a los postulados de una Teoría Económica estándar y que la Economía está libre de connotaciones éticas e ideológicas. Estos y estas economistas estarán, sin saberlo en la mayoría

de las ocasiones, defendiendo una ideología y un modo de ver el mundo. Como decíamos en la introducción, nada tiene que ver partir de una ética puritana para analizar la economía o las posibles implicaciones de determinadas políticas económicas que hacerlo desde una concepción humanista del mundo. Que cada cual se posicione dónde lo considere oportuno, pero que lo sepa, no lo esconda y conozca bien las implicaciones de sus posicionamientos.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (1985) (siglo 4 AC), *Ética a Nicomaco*, Mestas, Madrid.
- Coase, Ronald H. (1937), “*The Nature of the Firm*”, *Economica* 4 (16), pp. 386–405.
- Cortina, Adela y Martínez, Emilio (1996), *Ética*, Akal, Madrid.
- Conill, Jesús (2006), *Horizontes de Economía ética*. Tecnos, Madrid.
- Gallardo, Álvaro (2004), “*Historia del pensamiento económico y progreso de la ciencia económica. Una perspectiva pluralista*”, *Cuadernos de Economía*, 23(41), 11-48.
- García-Quero, Fernando y Ollero Perán, Jorge (2014) “*Is neoclassical economics scientific knowledge detached from ethics? A Kantian answer, an institutionalist alternative*”, *Review of Radical Political Economics*, doi:10.1177/0486613413518727.
- Greenwald, Bruce and Stiglitz, Joseph E. (1986), “*Externalities in Economies with Imperfect Information and Incomplete Markets*”, *Quarterly Journal of Economics*, no. 90.
- Hodgson, Geoffrey M. (2001), *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in Social Science*, Routledge, Londres.
- Mankiw, N. Gregory (2012), *Principios de Economía*, 5ª ed., Cengage Learning.
- Pindyck, Robert S. y Rubinfeld, Daniel L. (2008), *Microeconomía*, 7ª ed., Prentice Hall.
- Robbins, Lionel (1932), *An essay of the Nature and Significance of Economics Science*, Mcmillan, Londres.

⁸ La Economía convencional está basada en diferentes éticas (utilitarista, calvinista, liberal, positivista, etc.).

Roncaglia, Alessandro (2005), *The Wealth of Ideas. A History of Economic Thought*, Cambridge University Press, Cambridge.

Samuelson, Paul y Nordhaus, William (2010), *Economía*, 19ª ed., McGraw-Hill, Madrid.

Sen, Amartya Kumar (1979), *Sobre la desigualdad económica*, Crítica, Barcelona.

Sen, Amartya Kumar (1989), *Sobre Ética y Economía*, Alianza, Madrid.

Simon, Herbet (1983), *Reasons in Human Behaviour*, Basil Blackwell, Oxford.

Varian, Hal R. (2011), *Microeconomía intermedia*, 8ª ed., Antoni Bosch, Barcelona.

Veblen, Thorstein (1900), “*The Preconceptions of Economic Science*”, *The Quarterly Journal of Economics*, 14 (2), 240-269.

VV. AA. (2003), *Diccionario de Filosofía Larousse*, Planeta, Barcelona.

Walras, Léon (1874), *Éléments d'économie politique pure, ou théorie de la richesse sociale. En espagnol, Elementos de Economía política pura*, Alianza, Madrid, 1987.

MIRANDO LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA DESDE EL FEMINISMO

Mertxe Larrañaga (Universidad del País Vasco/EHU)

La crisis que enfrentan los países de nuestro entorno ha traído mucho sufrimiento a una parte muy importante de la población, prolongando, reforzando y apuntalando una era que podría definirse como de precariedad y desamparo. Además de la precariedad laboral, el aumento de las desigualdades en el reparto de la renta y la riqueza, el avance de la pobreza y la exclusión social, esta crisis ha servido para visibilizar muchas cuestiones que, aunque evidentes, parecían permanecer fuera del alcance de la crítica social, bien porque se consideraban cuestiones excesivamente complicadas y, por tanto, monopolio de expertos, bien porque la bonanza económica suavizaba las miradas.

Esta gran crisis ha cuestionado el oficio de los economistas por haber sido incapaces de predecirla a pesar de los múltiples indicios de que la impresionante burbuja de crédito acabaría por estallar. No solo quedó en evidencia su incapacidad para el pronóstico, sino que algunos de los más influyentes economistas y profesores defendieron a ultranza la autorregulación de los mercados y dotaron a los políticos de argumentos teóricos para defender e implementar la desregulación, especialmente en el mundo financiero. Posteriormente, los durísimos programas de ajustes/recortes implantados por la mayoría de los gobiernos se han apoyado también en estudios económicos supuestamente objetivos¹.

Probablemente muchos de los jóvenes que optan por los estudios de Economía lo hacen para profundizar en la comprensión de la realidad económica actual, para conocer mejor los procesos y acontecimientos económicos de un mundo cada día más complicado e interconectado, con la esperanza, tal vez, de poder afrontar algunos de los retos de este siglo (estabilidad financiera, alimentación, desigualdades, cambio climático, etc.). Curiosamente, podríamos decir que, ante la creciente complejidad de la realidad, la enseñanza de la Economía se ha ido simplificando, en el sentido de que en las escuelas de Economía se enseña funda-

mentalmente un único enfoque, un pensamiento único, hay una sola mirada sobre los procesos económicos. El dominio absoluto del pensamiento neoclásico ha desplazado y marginado el contenido político y social que caracterizó a la disciplina económica en sus inicios. Ha habido, en efecto, una tendencia clara a usar cada vez más modelos econométricos, que en ocasiones se han convertido en un fin, cuando no son más que un instrumento para explicar de manera muy simplificada una determinada realidad económica. Podríamos hablar incluso de un esfuerzo explícito por parte de algunos economistas por presentar la Economía como una ciencia al estilo de la Física o la Matemática y explicarla como una cuestión técnica y, por tanto, inmune a críticas de contenido ideológico.

En las facultades se habla mucho, tal vez demasiado, de mercados, de su eficiencia, de beneficios, de competitividad, etc., y poco, muy poco, de personas, de las mujeres y hombres de la comunidad, de su bienestar y sus malestares y apenas se menciona que el fin último de las actividades económicas es mejorar la calidad de vida de la ciudadanía.

Antes del estallido de esta última gran crisis ya hubo estudiantes que manifestaron su descontento con la enseñanza de la Economía. A comienzos del siglo XXI, estudiantes franceses e ingleses criticaron públicamente el uso incontrolado de las Matemáticas y la falta de conexión con la realidad, al tiempo que abogaban por una mayor pluralidad y crítica en las aulas. Después del estallido financiero, estudiantes de Economía de Harvard, primero, y de otras muchas universidades, después, se sumaron al malestar, resaltando fundamentalmente dos cuestiones. Criticaron, por un lado, la falta de ética y la corrupción moral y económica de gran parte del mundo académico, a quienes consideraban cómplices en la crisis por acción u omisión. Se quejaban, en segundo lugar, de la falta de pluralidad en el pensamiento económico y de la escasa reflexión crítica.

¹Nos referimos, por ejemplo, al estudio de dos prestigiosos economistas de Harvard, Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff, que escribieron un trabajo titulado "Growth in a time of Debt" (Crecimiento en tiempo de endeudamiento), publicado en 2010 en *The American Economic Review*. En dicho trabajo sostenían, en base a largas series históricas de muchos países, que los datos corroboran que cuando la deuda de los países alcanza determinado nivel (90%) del PIB, los países no pueden crecer. Posteriormente se comprobó que en el trabajo faltaban datos y había numerosos errores.

Un buen plan de estudios debería promover una variedad de marcos teóricos, desde los enfoques neoclásicos habitualmente enseñados hasta enfoques la mayoría de las veces olvidados, como la escuela clásica, el poskeynesianismo, el institucionalismo, el marxismo, el ecologismo y, ¿por qué no?, el feminismo. La Economía Feminista, que tiene bastantes puntos en común con otros enfoques, como el institucionalismo, la Economía Ecológica o el enfoque de las capacidades, empezó a desarrollarse con fuerza a partir de la segunda mitad del siglo XX, aunque su historia es prácticamente tan larga como la del propio pensamiento económico. A pesar de ello, sigue siendo marginal dentro de la disciplina económica, probablemente porque aceptar sus postulados conllevaría cambios inasumibles por quienes dominan la teoría y la práctica de la Economía hegemónica. Pero aunque la disciplina económica haya sido poco permeable a las propuestas de las economistas feministas, sí que ha calado en sectores amplios de la sociedad, sobre todo entre quienes buscan alternativas al sistema actual

Como indica su propia denominación, la Economía Feminista bebe del feminismo y de la Economía y se integra dentro del feminismo académico, en el que se engloban otras disciplinas, como la Filosofía, la Antropología, la Sociología, la Psicología, el Derecho, etc. Y aunque se hable de Economía Feminista en singular, lo cierto es que no es una corriente de pensamiento monolítica y no puede serlo, porque ni hay un único feminismo ni existe una única visión de la Economía. A pesar de ello, se puede hablar de algunos elementos de reflexión comunes. Así, se defiende que el objetivo último de las actividades económicas debe ser la sostenibilidad de la vida, entendiendo por ésta el proceso de reproducción ampliada de la vida, que requiere tanto recursos materiales como contextos y relaciones de cuidado y afecto. La noción de sostenibilidad de la vida se utiliza como antítesis a la acumulación y al lucro sin fin.

Se parte, pues, de una definición amplia de Economía. Por ejemplo, Julie Nelson² sugiere que la Economía “debería preocuparse por el modo en el que los seres humanos organizamos la prestación y suministro de nuestro sustento. El aprovisionamiento económico y el sustento de la vida se encuentran en el centro del estudio, tanto si se realiza por medio del mercado, el hogar o la acción gubernamental, como si el intercambio es simétrico, coercitivo o a través de donativos”.

A lo largo de las últimas décadas, la Economía Feminista ha abordado muchas cuestiones, de las que destacamos tres muy relacionadas entre sí y que han sido sistemáticamente olvidadas en la enseñanza de la Economía: el cuestionamiento de categorías económicas básicas, el análisis de las relaciones desiguales en la economía y la apuesta por el cambio hacia sociedades más justas y equitativas.

La crítica a la visión androcéntrica de la Economía ha llevado a poner en cuestión categorías analíticas básicas, como son el concepto de trabajo, actividad económica, bienestar o desarrollo. Una aportación importante ha sido la de cuestionar el concepto de trabajo, que en la Economía convencional se ha considerado implícita o explícitamente sinónimo de empleo. El trabajo no solo es empleo e incluye también los trabajos no remunerados, en la medida en que engloba todas las actividades destinadas a producir bienes y servicios para satisfacer las necesidades de las personas. Este cuestionamiento del concepto estrecho de trabajo ha significado romper las fronteras de la Economía y centrar el análisis más allá del mercado. Al hacerlo, se rompe también con la visión dicotómica del mundo (actividad/inactividad; valor/no valor; actividades económicas/actividades no económicas; trabajos mercantiles/trabajos no mercantiles; esfera pública/esfera privada), visibilizando las conexiones entre el ámbito mercantil y el ámbito no mercantil.

Esta reconceptualización del trabajo ha llevado a abrir la “caja negra” de los hogares por medio de múltiples análisis sobre las actividades productivas y afectivas que en ellos se realizan. Estas tareas constituyen una base fundamental de la supervivencia de la especie y de la calidad de vida de las personas. Se ha constatado también que suelen ser generalmente los hogares los que reajustan en última instancia el sistema económico, y algunos de estos reajustes, principalmente los que se producen en tiempos de crisis, pueden ser especialmente perjudiciales para las mujeres. No cabe duda de que existen y siempre han existido tensiones profundas entre producción y reproducción, y estas tensiones tienen que tenerse también en cuenta en el debate sobre los modelos de desarrollo y de bienestar.

Fruto de estas reflexiones, se ha concluido que el homo economicus, ese personaje tan conocido en la academia, donde se le presenta como un sujeto absolutamente racional, egoísta, independiente, autosuficiente, saludable, ni demasiado joven ni demasiado

² Nelson, Julie A. (1996): *Feminism, objectivity & economics*. Routledge, London and New York.

mayor, siempre activo en el mercado y que busca el bienestar personal exclusivamente a través del lucro económico, no existe. Lejos de ese prototipo, todas las personas somos dependientes y necesitamos cuidados a lo largo de toda la vida, aunque la intensidad de esta necesidad varía obviamente a lo largo del ciclo vital. Es también innegable que en ocasiones las necesidades de cuidados son mayores: es el caso de las personas con capacidades diferentes o dependientes en general. Su cuidado requiere una gran inversión humana en asistencia, y mientras una gran proporción de esta asistencia la realicen las mujeres sin obtener remuneración a cambio, como si tal trabajo fuese el resultado natural del cariño o del amor, este trabajo será una fuente importante de desigualdad por razón de género. El cuidado, en general, y el cuidado de dependientes, en particular, será una de las grandes cuestiones de este siglo, que en algunos circuitos empieza a conocerse ya como el siglo de los cuidados.

Resulta cuando menos curioso que al analizar la familia con criterios económicos (es lo que hizo Gary S. Becker en la *Nueva economía de la familia*), el egoísmo que rige la vida de los agentes económicos sólo se reserva a algunos miembros, ya que a otros se les supone generosos. Uno de los elementos más cuestionados de la “familia beckeriana” es la función de utilidad o bienestar familiar. Frente a la imposibilidad de agregar las funciones individuales para construir una que represente los intereses de todos los miembros familiares, Becker plantea el teorema del altruismo, según el cual, el “jefe de familia” altruista incorpora en su función de utilidad las funciones de bienestar de los demás miembros.

Este dictador benevolente y este comportamiento familiar contradicen un principio básico de la Economía neoclásica, el principio del individualismo metodológico. Evidentemente, el dictador benevolente sólo lo sería en el hogar, y al salir de casa, en un extraño caso de transformación que nos recuerda al Dr. Jekyll y Mr. Hyde, se despojaría de su benevolencia y en el espacio público mercantil buscaría única y exclusivamente su propio interés. De esta manera, se refuerza el dualismo conceptual entre el mercado (donde se supone que todos actúan buscando su propio interés) y la familia ideal, donde reinan la armonía y las reglas altruistas. No vamos a negar que seamos seres egoístas, pero no podemos aceptar la premisa de que esta característica gobierne por completo nuestras vidas.

Valores como la solidaridad, la complementariedad, la justicia y la reciprocidad deberían ser importantes en todos los espacios, también en el mercado.

La Economía Feminista siempre se ha preocupado por las desigualdades, en general, y por las de género, en particular. Entre estas últimas cabe subrayar la discriminación a la que deben hacer frente las mujeres en la esfera socio-económica (tanto en la productiva doméstica, en la de cuidados, como en la del trabajo mercantil) a todos los niveles. A nivel micro, el género afecta a los procesos individuales, de los hogares y de las mismas empresas. Centrándonos en los hogares, Amartya Sen³, por ejemplo, plantea que la unidad doméstica es un lugar de cooperación y conflicto. La cooperación se da a la hora de contribuir al bienestar familiar. Muchas actividades contribuyen a la prosperidad del hogar (ingresos, cultivos, trabajo doméstico...). No obstante, el conflicto se da más en el reparto de los tiempos, en el acceso y control de los activos, en las actividades y en la toma de decisiones sobre las mismas.

A nivel meso, el género condiciona el funcionamiento de los mercados laborales, que, segregados por sexo, suponen oportunidades y condiciones de empleo diferentes y desiguales. La participación laboral de las mujeres ha sido fundamental para la autonomía económica, porque el empleo es, la mayoría de las veces, la fuente principal (y única) de obtener ingresos necesarios para la adquisición de bienes y servicios que necesitamos. Pero en sociedades como las nuestras, el empleo es mucho más que una fuente de ingresos, y las consecuencias de su falta van más allá de la ausencia de renta: genera pérdida de identidad, frustración, depresión, etc. Sin embargo, el acceso de las mujeres al mercado no se ha hecho en igualdad, y las desigualdades laborales son uno de los ejemplos más claros y universales de discriminación contra las mujeres. A pesar de la enorme diversidad de mujeres, como de regiones, sí que existen unas características que pueden considerarse comunes a la inmensa mayoría de los casos: menor participación laboral, segregación ocupacional tanto horizontal como vertical, mayor precariedad y remuneraciones más bajas.

A nivel macro, por un lado, los grandes agregados macroeconómicos, como el PIB, responden a una concepción muy estrecha y masculina de la economía y, por otro lado, las grandes políticas a nivel macro,

³ Sen, Amartya (1990): “Gender and cooperative conflict”, en I. Tinker (ed.), *Persistent inequalities. Women and world development*. Oxford University Press, Oxford.

como las políticas fiscales, las políticas sociales, de tipos de cambio, políticas comerciales, etc., tampoco son neutrales al género. Y no lo son porque acaban condicionando y repercutiendo en la vida de la gente, y como las condiciones y posiciones de mujeres y hombres son diferentes, las políticas también pueden tener una incidencia desigual.

Mujeres y hombres ocupan posiciones desiguales, pero no existe homogeneidad dentro de los colectivos de mujeres y de hombres. Resaltamos la diversidad de las mujeres (y de los hombres) porque a menudo se las presenta como homogéneas y estereotipadas, y al analizar las desigualdades de género, se recurre a estadísticas que no son más que indicadores que reflejan valores medios, detrás de los cuales se esconden realidades muy diferentes. Las desigualdades entre las mujeres nos hacen dudar de los discursos que atribuyen a “las mujeres” intereses únicos.

Evidentemente, las desigualdades de género están atravesadas por otras muchas, como son las derivadas de la edad, lugar de origen, etnia, clase social, etc. Las desigualdades entre las mujeres, que siempre han sido importantes, son cada vez mayores, y muchas crisis, como es el caso de la actual, pueden aumentar las brechas. La apuesta de la Economía Feminista por el avance hacia sociedades más equitativas debería impulsar el interés por los colectivos de mujeres más desfavorecidas y fomentar los estudios centrados en estos.

El pensamiento feminista concede una gran importancia a la comprensión de las desigualdades, obviamente con el objetivo de superarlas. Se busca la transformación social a través de una economía que genere condiciones para que las personas vivan bien y lo hagan en sociedades igualitarias y justas. Es, pues, muy importante la interacción entre creación de pensamiento y acción para el cambio. Constatar la realidad desigual de mujeres y hombres ha llevado a cuestionar la neutralidad de las políticas públicas, porque se considera que las políticas tienen un impacto en las relaciones entre mujeres y hombres. Siendo esto así, habrá que impulsar políticas que sean beneficiosas en términos de equidad de género, ya que la igualdad es un elemento clave del bienestar y del desarrollo y no un resultado secundario.

LA ECONOMÍA EN LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

Daniel Rodríguez (profesor de Enseñanza Secundaria, voluntario de Economistas sin Fronteras)

En contra de lo que se ha impuesto durante los últimos cuarenta años en el mundo académico, la Economía no es una ciencia exacta. Esta aparente obviedad, especialmente dados los momentos actuales, no impidió que en el pasado la ortodoxia dominante impusiera una visión cuyo calado pervive y llevará algún tiempo desterrar. ¿Qué tipo de formación económica recibe el alumnado de Educación Secundaria?

Aunque para muchos pedagogos en la etapa de Secundaria obligatoria se podría dar respuesta a la demanda de conocimientos económicos con una concepción interdisciplinar que integrase y relacionara conceptos sociales en una interpretación crítica de la realidad, la LOMCE extiende a todos los cursos de la ESO la asignatura “Iniciación a la actividad emprendedora y empresarial” y añade en cuarto la oferta de “Economía”. La etapa postobligatoria, en Formación Profesional, fomenta la cultura del emprendedor tanto con “Empresa e Iniciativa Emprendedora” en los nuevos ciclos como con “Administración, Gestión y Comercialización en la Pequeña Empresa” en los antiguos, mientras que en Bachillerato se imparten, desde los noventa, las materias de “Economía” en primero y de “Economía y Organización de empresas” en segundo. Ésta puede ser complementada por “Fundamentos de Administración y Gestión”.

Para analizar los contenidos, tomo la referencia de “Economía” de primero de Bachillerato, un curso introductorio en el que se pretende que el alumno sea capaz de alcanzar los siguientes objetivos: **1)** identificar el ciclo de la actividad económica; distinguir sistemas económicos y formar un juicio personal acerca de sus ventajas e inconvenientes; **2)** manifestar interés por conocer e interpretar con sentido crítico y solidario los grandes problemas económicos actuales, en especial las desigualdades económicas y la sobreexplotación de recursos naturales y los derivados de la globalización de la actividad económica; **3)** relacionar hechos económicos significativos con el contexto social, político, cultural y natural en que tienen lugar, trasladando esta reflexión a las situaciones cotidianas; **4)** describir el funcionamiento del mercado, así como sus límites, formulando un juicio crítico del sistema y

del papel regulador del sector público; **5)** conocer y comprender los rasgos característicos de la situación y perspectivas de la economía española y europea en el contexto económico internacional; **6)** formular juicios personales acerca de problemas económicos de actualidad; comunicar sus opiniones argumentando con precisión y rigor y aceptar la discrepancia y los puntos de vista distintos como vía de enriquecimiento personal; **7)** interpretar los mensajes, datos e informaciones que aparecen en los medios de comunicación sobre problemas económicos actuales, y contrastar las medidas correctoras de política económica que se proponen; **8)** analizar y valorar críticamente las repercusiones del crecimiento económico sobre el medio ambiente y la calidad de vida de las personas; **9)** abordar de forma autónoma y razonada problemas económicos del entorno utilizando los procedimientos de indagación de las ciencias sociales y diversas fuentes y medios de información, entre ellas las tecnologías de la información y la comunicación y **10)** conocer y comprender el uso y significado de las principales magnitudes macroeconómicas como indicadores de la situación económica de un país.

Por su parte, en su informe “La enseñanza de Economía en Secundaria” (2013), y en línea con las recomendaciones europeas, el Consejo General de Colegios de Economistas estimaba *“oportuno que la reforma educativa contemple medidas a aplicar en la enseñanza encaminadas a prestigiar la figura de la empresa y del empresario en la sociedad española (...), superando reticencias y posiciones poco comprensibles del pasado. Y ello ha de afectar a todos los niveles educativos”*. Efectivamente, la economía está presente en el ámbito doméstico, el laboral, el político (debemos conocer los impuestos y evaluar programas y decisiones gubernamentales), el financiero (endeudamiento y desarrollo de la sociedad de consumo van de la mano), etc., pero al aludir el citado informe a la necesidad de una mayor formación, es algo inquietante el reparto de responsabilidades que insinúa: *“...la carencia y debilidades de esta formación por parte de la generalidad de la ciudadanía está en el origen de algunos comportamientos que hoy son un elemento más de las causas y la gravedad de esta cri-*

sis (aceptación de hipotecas por importe superior a la capacidad de pago, suscripción de productos financieros recomendados por las entidades financieras sobre los que no se conocían sus posibles efectos, etc.)...”.

Los paradigmas dominantes en cada época lo son por algo y sería una ingenuidad pensar que los planes educativos pueden ser inmunes a la influencia del neoliberalismo imperante. Ahora que son tan frecuentes los discursos preocupados por que la ciudadanía se forme “para que esto no vuelva a ocurrir”, antes de analizar los contenidos, me pregunto hasta qué punto editoriales y autores estarán influidos por el paradigma actual. Porque enseñar una serie de razonamientos teóricos e irreales y limitar nuestro rol al de mero consumidor, lastra el avance hacia el deseable cambio de modelo, por más que la inquietud y la voluntad de parte del profesorado trate de paliar las carencias.

Hace tiempo que se oye insultar a la inteligencia desde los grandes grupos mediáticos y que la superficialidad, también del análisis económico, es la norma. Sin sonrojo, los mismos que justifican la bondad de las reformas con el poderoso argumento de que “algo había que hacer” o las subidas y bajadas de impuestos sin siquiera concretar si se trata de directos o indirectos, alaban estas conmovedoras campañas formativas, impulsadas a menudo por quienes se han beneficiado de la ignorancia y el engaño. Los “captados”, como escribe Stiglitz, han dictado las políticas de unas instituciones cada vez menos democráticas y más representativas de unas élites cuya influencia nos lleva a una creciente, injusta e ineficiente desigualdad.

La Economía en Secundaria: ¿preparando el terreno?

“Los problemas básicos de la Economía son los derivados de la existencia de unos recursos escasos y unas necesidades prácticamente ilimitadas... Podríamos decir que la Economía es la ciencia de la elección”. Con esta idea comienza la primera unidad del manual de la editorial McGraw Hill (2007). Pese a las posibles modificaciones de ediciones posteriores, permite conocer a través de qué contenidos se pretendían alcanzar los objetivos antes del inicio de la última crisis.

Más allá de la habitual estructura de los mismos, con una primera parte dedicada a la Microeconomía (el comportamiento de los mercados y los agentes que en ellos intervienen) y una segunda dedicada a la Macroeconomía (el estudio de las grandes variables y las políticas), lo primero que llama la atención es la fre-

cuenta simplificación a blanco o negro. ¿No hay más alternativas? En honor a la “ciencia de la elección” y ante la “necesidad de elegir”, observemos la inflación, el desempleo, el déficit y la deuda.

La inflación y el desempleo

La ortodoxia económica, decía Sampedro, es incompleta, ya que deja al margen cualquier análisis a contracorriente, los cuales resultan más iluminadores, pues contemplan el funcionamiento del sistema como un todo. Por ejemplo, el obsesivo control de la inflación se debe a que muchos activos financieros tienen fijada su rentabilidad en términos nominales y la inflación reduce su interés real para los acreedores, pero el manual se ciñe a la ortodoxia y evita planteamientos que evidencien el eterno conflicto entre el capital y trabajo.

Se citan factores sociológicos, como el papel de los llamados “grupos de interés”, pero solo para aludir a la presión de los sindicatos, mientras que materias primas, salarios e impuestos son los componentes del precio en los que buscar las causas de los períodos inflacionarios, y, pese a las evidencias históricas, el margen empresarial queda exonerado. Concretamente, la inflación, “*crecimiento sostenido en el tiempo del nivel general de precios*”, se trata fundamentalmente en la unidad 9, “Demanda y oferta agregadas: inflación, desempleo y ciclos”, y en la unidad 12, “El Banco Central, la política monetaria y la inflación”.

En la primera, se pregunta qué explicaciones hay a la aparición de la inflación y el desempleo, e introduce el clásico planteamiento de las curvas de oferta y demanda agregadas (“...*las tensiones inflacionistas pueden tener su origen tanto por el lado de la demanda como de la oferta...*”). En el caso de la demanda, de las tres magnitudes de gasto que la componen, consumo, inversión y gasto público, cuyas variaciones podrían ser causa del incremento inflacionario, se elige como ejemplo la tercera, “...*cualquier política expansiva, ...aumenta el producto real y el nivel general de precios*”. En el de la oferta, se cita la llamada inflación de costes como consecuencia de su desplazamiento, así como las causas habituales (el precio del petróleo, las catástrofes naturales y los aumentos de salario) y su efecto, la reducción de la producción y la elevación del nivel de precios.

Al introducir el desempleo y las teorías explicativas del mismo, señala que: “...*la legislación laboral -que introduce (...) los salarios mínimos- y la presión de los sindicatos por unas redistribuciones más altas se concretan en la no aceptación de reducciones de los*

salarios, aunque exista un número importante de personas desempleadas”. Evolución decreciente de las rentas del trabajo, concesiones de los sindicatos, discordancia entre salarios y productividad en el sentido opuesto al que se suele utilizar (son las retribuciones las que quedaron descolgadas de los avances en la productividad mucho antes de que estallara la crisis) o desigualdad acentuada los últimos años, demuestran que un planteamiento tal no es más que otro intento de condicionar el modo de pensar de los estudiantes.

Mientras que la visión neoliberal del desempleo se expone sin más bajo el epígrafe “El funcionamiento del mercado de trabajo”, el único otro planteamiento aparece bajo “El desempleo keynesiano”, y en él, ante la propuesta de políticas que expandan la insuficiente demanda, se apunta que: “...a la vez que incrementan el producto y el empleo también hacen que aumente (...) la inflación. Por ello, (...) no suelen ser muy efectivas”.

Respecto a las posibles políticas a aplicar frente al desempleo, el lenguaje utilizado evidencia una preferencia por el planteamiento neoliberal frente al “generador de inflación” keynesiano y cualquier otro, que, sencillamente, no existe para el manual: “...las políticas encaminadas a incidir sobre la demanda agregada y otras orientadas a propiciar reformas estructurales, a lograr un funcionamiento más eficiente del mercado de trabajo y, en general, a actuar sobre la oferta, ... desde el punto de vista de los economistas clásicos la política a seguir para combatir el desempleo es muy simple, basta con lograr que los salarios se reduzcan hasta el nivel de equilibrio”.

Resulta también llamativa la implícita asunción que se hace del sometimiento de la política económica a la monetaria, de la conveniencia de respetar el objetivo del 2% de inflación del Banco Central Europeo (aludido con connotaciones de independencia e infalibilidad), así como la advertencia de que el efecto más significativo de incumplirlo es el de restar competitividad a aquel país que soporte mayores tasas. Así, cuando en la unidad 12 se analizan las clásicas teorías de la inflación, monetarista y keynesiana, y su influencia sobre el reparto de la renta y la actividad económica, pese a citar los efectos positivos para los endeudados, concluye que “...la inflación imprevista redistribuye la renta y la riqueza”, aunque “..., distorsiona los precios relativos y la producción y el empleo de la economía en su conjunto”.

El déficit y la deuda

La unidad 10, “La intervención del Estado y la política fiscal”, trata el déficit a partir de la referencia a la Gran Depresión y las ventajas e inconvenientes de los postulados de Keynes acerca de una intervención del Estado que impulsara la demanda agregada. Es llamativo que, pese a titularse “A. La intervención del Estado, los keynesianos y los economistas clásicos”, el primer subepígrafe se centre fundamentalmente en la visión neoliberal y en presentar los “gastos” e “ingresos” del sector público, dentro de los que señala que “... los últimos años, gracias a venta de empresas públicas, por medio del proceso de privatización, este epígrafe está teniendo una importancia significativa”.

Se introducen también conceptos como “transferencia” (“pagos por los cuales los que las reciben no dan en contraprestación ningún bien o servicio”) e “impuesto”, en cuyo caso llama especialmente la atención que no se haga mención a la mayor equidad de los impuestos directos y progresivos frente a los indirectos, y únicamente se citen las características fundamentales de IRPF e IVA. En la unidad “Los fallos del mercado y el Estado” aparecen como un instrumento de política de distribución de la renta y se enlaza con la idea del estado de bienestar: “Algunos autores defienden que el estado de bienestar en ciertos aspectos puede actuar como una rémora para el crecimiento futuro... En otras palabras, algunos señalan que las subvenciones creadas por el estado de bienestar han limitado los incentivos para trabajar y para ser competitivos”.

Cuando se introducen los presupuestos públicos, ante la posibilidad de que los ingresos sean menores que los gastos y se genere déficit público, se afirma que su financiación “...se suele realizar mediante el establecimiento de impuestos o a través de la emisión de deuda pública”, para aclarar después que “...la subida de impuestos resulta siempre impopular” y que “...lógicamente, el Estado tiene que devolver en su momento las cantidades prestadas más los intereses pactados”. Ningún esfuerzo por cambiar esa percepción y ninguna mención al volumen y concentración del fraude, ni mucho menos a las posibles alternativas en relación con la deuda.

Al cierre de la unidad 12, un anexo acerca de los Presupuestos Generales del Estado sí menciona la progresividad fiscal y consecuente mejor distribución de la renta que permite su aplicación, pero nada, por ejemplo, de la evolución y el peso de los distintos tipos de impuestos en los ingresos públicos. Se explican los tipos de déficit y, en el caso del público, los objetivos

del Tratado de Maastricht son presentados como dogmas de fe, mientras que el mercado es reconocido como vigilante y juez supremo de la buena o mala política adoptada por un Estado. En cuanto al déficit comercial, se echan de menos las alusiones a las decisiones políticas en el ámbito comunitario que contribuyen a explicar los desequilibrios y la generación del mismo en el caso español.

Respecto al tratamiento de la deuda, al margen de que, pese a las experiencias históricas, se omita cualquier alternativa al pago, llama la atención lo difícil que resulta encontrar el término a lo largo del manual y el hecho de que se explique como un mero automatismo consecuencia del déficit o, ya en la unidad 13, “La economía internacional y la balanza de pagos”, como un componente más de la cuenta financiera de un país. Cierto es que el problema de la deuda pública no era tal en 2007, pero resulta muy significativo que se evite tratar el desbocado endeudamiento privado y, en general, el mecanismo de la deuda, una herramienta clave del sistema capitalista que, pese a las denuncias de ilegitimidad, sirve de argumento para imponer después las políticas de austeridad.

Comentario final

Para finalizar, un recordatorio de algo de lo apenas mencionado o directamente omitido, como, por ejemplo, las otras deudas (como la de género, sin la que es imposible explicar el desarrollo de este sistema depredador), la desregulada financiarización de la economía, los paraísos fiscales y la cuantía del fraude, la comparativa entre países del gasto social, el índice de Gini e indicadores alternativos al PIB, las críticas a la RSC, la banca ética y otras formas de economía alternativa, la inminencia del llamado punto de no retorno, etc. Avanzar en el deseado cambio requiere volver a un verdadero y amplio conocimiento de la Economía, lo que ya está permitiendo construir alternativas cimentadas sobre la filosofía que subyace en el origen etimológico de la palabra: la gestión de nuestro hogar, la tierra.

Referencias bibliográficas

Real Decreto 1467/2007, de 2 de noviembre, por el que se establece la estructura del bachillerato y se fijan sus enseñanzas mínimas.

Economía. 1º Bachillerato, Francisco Mochón, McGraw Hill, 2007.

El precio de la desigualdad, Joseph Stiglitz, 2014.

La inflación, José Luis Sampedro y Carlos Berzosa, 2012.

La globalización de la pobreza, Erik S. Reinhert, 2007.

LA IMPORTANCIA DE LA FORMACIÓN ECONÓMICA EN LA VIDA COTIDIANA ¹

Francisco Cervera (Profesor de Enseñanza Secundaria, voluntario de Economistas sin Fronteras)

El mundo en que vivimos está sufriendo, desde hace algunas décadas, unos cambios suficientemente significativos como para que se tengan en consideración. El neoliberalismo, a diferencia del antiguo liberalismo económico, no sólo busca la libertad en las transacciones económicas, sino que exporta su razonamiento económico a otras parcelas de la vida cotidiana diferentes a la propia economía, como se pondrá de manifiesto a lo largo del presente artículo. Cuando la crisis parecía que ponía fin a esta expansión, el neoliberalismo ha respondido con mayor virulencia. ¿Se podría haber evitado la situación causante de la crisis? ¿Por qué se ha hecho así? ¿No existían otras alternativas? ¿Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades? ¿Cómo serán nuestras vidas cuando todo este tsunami pase? Son preguntas que todos nos hacemos, pues lo que sucede a nivel macroeconómico está afectando al entorno en que nos movemos.

Además, como parte de este proceso, y ante la retirada del sector público del espacio económico y la desregulación económica, las personas estamos a merced de la economía sin apenas capas que nos aislen. Es evidente que la economía que han tenido que vivir nuestros padres o abuelos poco tiene que ver con la actual. Hasta bien entrados los años 70, en España, con saber comprar, ahorrar e invertir en un plazo fijo teníamos suficiente. Pero esto ha cambiado, y de qué forma... Conceptos como PIB, dumping, inflación, deflación, crecimiento económico, burbuja, prima de riesgo, default, ERE, TAE, sector exterior, balanza de pagos y muchos más, copan cada día los medios de comunicación generalistas. La velocidad a la que se producen los cambios en la esfera económica es mucho mayor que la velocidad a la que estamos adaptándonos, por lo que se produce un desajuste que en cierto modo estamos sufriendo.

La crisis financiera del 2008 puso en el centro de la agenda mundial la preparación de las personas en asuntos de tipo financiero. El informe de la OCDE

PISA (acrónimo de Programme for International Student Assessment), que se publicó el pasado julio, correspondiente al año 2012, recogía un apartado en el que se medía la alfabetización financiera de los jóvenes (15 años) de 18 países, 13 de ellos miembros de la OCDE. Los resultados para España no han sido nada halagüeños, obteniendo una puntuación media de 484, frente a la media de los países OCDE de 500, quedando sólo por delante de Croacia, Israel, Eslovaquia, Italia y Colombia. A pesar de la posición, nos situamos en un nivel 3, en su parte inferior, de 5, como Estados Unidos (491,6), Francia (486,2), Eslovenia (484,7) e Israel (476,4).

Un nivel 3 significa que, de media, los alumnos españoles son “más autosuficientes en esta competencia y pueden analizar las consecuencias de sus decisiones de gasto y hacer planes simples de financiación en contextos familiares. Son capaces, por ejemplo, de evaluar distintas condiciones de un préstamo o interpretar y valorar si una factura es correcta, aplicando operaciones numéricas básicas y considerando el pago de impuestos o los gastos de envío”, como se afirma en el propio informe. Pero, si analizamos un poco más, vemos que en España, como en la OCDE, un 5% de alumnos se sitúa por debajo de un nivel 1, lo que significaría un conocimiento tan básico que no entendería que a veces comprar grandes cantidades, aunque el precio unitario sea más barato, puede resultar antieconómico si no lo vas a consumir todo. Un 13% en el nivel 1 y un 26% en el nivel 2 significa que alumnos que están a un paso de abandonar la educación obligatoria disponen de escasas competencias financieras para enfrentarse a un mundo financiero muy complejo, incluso para personas con formación específica. Este bajo conocimiento de la utilización del dinero podría explicar, en parte, el sobreendeudamiento de familias y empresas en la economía española². Sin datos con que compararlos, no se puede afirmar si la crisis ha aumentado el conocimiento o no en estos temas, pero sí que queda claramente definido el analfabetismo de parte de la sociedad en estos aspectos tan importantes.

¹ Me gustaría agradecer a Enrique Javier Díez (Universidad de León) su ayuda bibliográfica en la visión crítica.

² De ningún modo pretendo culpar a las personas de la crisis financiera. En esta entrada de mi blog explico mi visión al respecto. *Esta crisis sí la pagamos (I)*

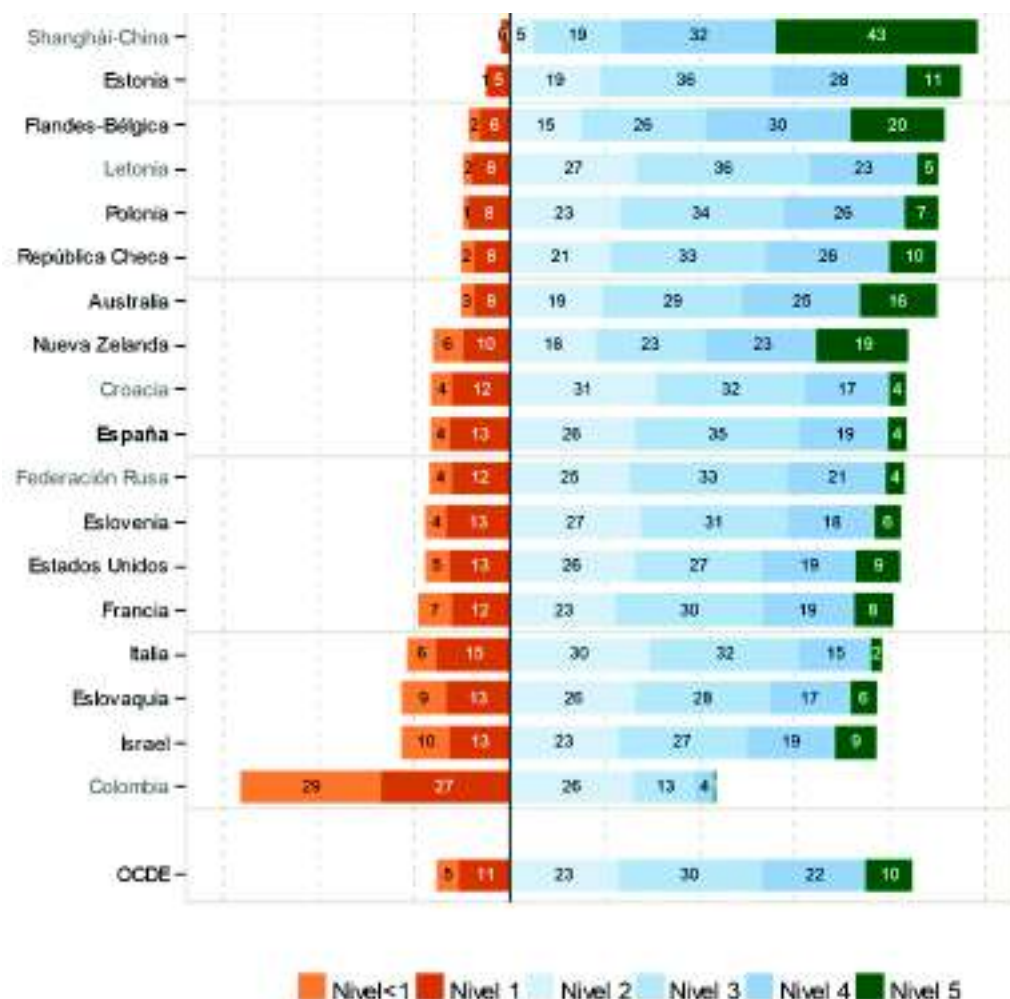


Ilustración 1. Porcentaje de estudiantes en cada uno de los niveles de rendimiento de la escala de finanzas para la vida. (Ordenado por nivel 1 y nivel <1) (PISA, p.55)

La necesidad de una educación financiera no necesita discusión, y en esto ya existen recomendaciones de organismos internacionales como la OCDE y la propia Comisión Europea.

La sociedad es consciente de la importancia de estos temas y reconoce, en cierta forma, su falta de competencia. El Barómetro del CIS del mes de junio muestra que los problemas que más afectan a la muestra están directamente relacionados con la economía: a un 46.7% les afecta el paro y a un 27.3% algún problema de índole económico. Y es por ello que la mayor parte de personas encuestadas (55.8%) pretende estar informada en cuestiones relacionadas con la economía y el trabajo. Pero, sólo un 13,8% afirma estar bien informado. A pesar de ello, un 20% dice que es el tema que suele hablar con sus amigos.

Con todo, y en consonancia a las recomendaciones de estas instituciones, parece evidente que hay que mejorar la competencia económico-financiera no sólo en España, sino en el resto del mundo. En algunos países ya se ha introducido este tipo de formación en las enseñanzas de los jóvenes aunque con diferentes estrategias.

Alfred Marshall, economista británico, definió el objeto de la Economía como “el estudio de la humanidad en las ocupaciones ordinarias de la vida (...)”, lo que se acerca bastante a decir que cualquier cosa que hagamos puede ser considerada economía. Lionel Robbins profundizó en lo que consideramos sería su objeto de estudio: “La Economía comprende la conducta humana como relación entre fines y medios escasos con usos alternativos”. Por tanto, encontramos economía cuando actuamos para satisfacer alguna necesidad y renunciamos a otras alternativas, puesto que existen restricciones, no sólo financieras, en muchas ocasiones de tiempo. Estas definiciones tan abiertas permiten que, aplicando el razonamiento económico, se expliquen situaciones tan cotidianas y a la vez complejas como la discriminación racial o la estructura de la familia. En ello trabajó el economista norteamericano Gary Becker y por ello recibió el Nobel de Economía de 1992, según palabras del Comité del Nobel, “por haber extendido el dominio del análisis microeconómico al amplio espectro del comportamiento y la interacción humana”. En una de sus obras, *A Treatise on the Family*, trataba sobre algunos temas que afectaban a la estructura del matrimonio, la elección de la

pareja, cuántos hijos tener, divorcio, sobre quién debía quedarse en casa a trabajar. En el caso del número de hijos, Becker decía que este tema se ceñía a la ley de demanda; por tanto, si el precio de tener hijos aumentaba, disminuía la cantidad de hijos. Explicaría esto la baja tasa de natalidad en España, pues el precio de tener hijos ha aumentado considerablemente. Los costes directos de manutención y educación son altos, más si a ello le añadimos el coste de oportunidad (tiempo y carrera profesional), razones por las que se tiende a tener un solo hijo.

Si dejamos de lado este extremo, queda claro que la economía forma parte de nuestro entorno desde bien pequeños. Conceptos como escasez y valor los sabemos aplicar sin apenas saber que lo hacemos. Cuando de niños jugábamos a intercambiar cromos de futbolistas, sabíamos que había algunos que salían menos en los sobres, y eran precisamente estos los que cambiábamos por más cromos. Cuando se acaba la educación obligatoria, debemos elegir entre continuar estudiando o irnos a trabajar; se considera una decisión económica pues valoramos los costes de seguir estudiando contra los ingresos posibles si nos lanzamos al mercado laboral.

En cualquier caso, resulta evidente que los contenidos económico-financieros deberían incluirse en la educación de nuestros jóvenes. Pero, ¿qué tipo de contenidos?

En mi opinión, existe una serie de contenidos económicos que, por su importancia en el desarrollo de la persona, deberían potenciar su estudio.

- Economía doméstica: Si le preguntamos a cualquier persona a qué aspira en su madurez, seguramente la respuesta sea montar una familia. La importancia de la economía en el seno familiar hace que su poca preparación lleve al fracaso un proyecto común por errores fácilmente evitables. El control de ingresos y gastos, actuar de forma responsable y crítica en nuestro papel de agentes económicos, la planificación de la vejez, de la paternidad, el presupuesto, qué son las facturas, la domiciliación bancaria, los impuestos... Parecen contenidos muy sencillos, pero que no se están llevando a cabo en el ámbito familiar. Si le pregunto a ustedes, lectores, ¿cuánto se gastó su familia el mes pasado?, muchos de ustedes no contestarían a esta pregunta, porque no existe el hábito en la propia familia de hacer este control y comentarlo. Piensen que si se hubiese seguido una regla tan sencilla como ésta hubiéramos evitado muchas quiebras familiares.

- Educación tributaria: No entendemos los tributos que pagamos y eso nos hace vulnerables ante el Estado. Es de vital interés para una sociedad entender el porqué de los tributos. Tanto el artículo de Saioa Bacigalupe como el artículo de José Manuel García de la Cruz, ambos de la serie de Economistas sin Fronteras para eldiario.es, lo ponen de manifiesto muy claramente.

- Formación empresarial: Conocer el funcionamiento de la empresa, sus funciones, su interacción con el medio ambiente y los derechos humanos, las multinacionales y cómo es el proceso que da origen a una, parece ser necesario. Gran cantidad de personas se lanzan a la aventura del “emprendimiento” sin haberse planteado siquiera qué obligaciones fiscales van a tener. Con estos conocimientos seríamos más capaces de entender algunas decisiones que se toman en la empresa. Algunos abogan por incorporar el emprendimiento como una actitud a trabajar entre los jóvenes (Marco y Francés, 2010), aunque no está exento de críticas (Díez, 2014).

- Economía general: Entender el entorno en el que nos movemos necesita la comprensión de gran número de conceptos que, aun pareciendo lejanos a nosotros, acaban afectándonos de forma notoria. Los contenidos que deberían enseñarse serían aquellos relacionados con las respuestas a las tres preguntas clásicas: ¿qué producir?, ¿cómo producir? y ¿para quién producir? Como señala de Paz (1999), se trata de enseñar a los alumnos que existen alternativas, con sus ventajas e inconvenientes, y dotarlos de un sentido crítico y que sean ellos mismos los que se pregunten por las causas. La respuesta a las preguntas permite explicar los sistemas económicos, las tecnologías, las desigualdades, la pobreza, el expolio de algunos continentes, el consumismo, entre otros muchos temas. Pero, estos contenidos deben explicarse teniendo en cuenta las edades de los alumnos, ya que en muchas ocasiones enseñar economía a adolescentes de 13 años puede ser tarea excesivamente dura y los niños no acaban de entender lo que se les explica. Es de suma importancia acercar el contenido al entorno más cercano del alumno (Travé, 1999).

- Educación financiera: Quizás sea este el aspecto al que más atención se le está prestando en el ámbito internacional. La crisis financiera que se puso de manifiesto en 2008 ha dejado en el aire un halo de inquietud sobre qué es lo que ha fallado. A los consumidores de productos financieros les ha to-

cado su parte en el reparto de responsabilidades. El desconocimiento o analfabetismo financiero es general, y de esta forma, ante un mercado financiero cada vez más complejo, una nueva crisis podría darse. Aunque antes del 2008, organismos como la OCDE (2005) y la Unión Europea (COM 808 del 18/12/2007) ya recomendaron incluir planes de formación financiera para la población. Desde la Comisión Europea se nos señalan tres beneficios de una mejor formación financiera:

- “(...) Ser consciente de los riesgos y oportunidades, y tomar decisiones con conocimiento de causa (...)”. Parece que la Comisión considera que mucha culpa de la crisis la han tenido los propios consumidores de productos financieros por su imprudencia.
- “La cultura financiera puede ayudar a abordar problemas de exclusión financiera”. Se piensa que incluso la población con menos recursos puede beneficiarse de esta formación y llevar una mejor planificación de su futuro.
- Unas mejores decisiones financieras ayudarían a la estabilidad financiera del país y, por tanto, a mayores oportunidades de innovación y crecimiento económico.

En nuestro país se han implementado iniciativas para mejorar estas capacidades. En el 2010, desde el Banco de España y la CNMV se puso en marcha el programa “Finanzas para todos”, con el que se pretendía formar a niños y adultos en la cultura financiera. Este proyecto cuenta con la ayuda de una [web](#) con multitud de recursos. Aunque con la nueva ley de educación esta formación formará parte de la educación formal de los niños ya en primaria.

Con estos conocimientos que se acaban de plantear se permitiría a las personas asumir un rol más activo como ciudadanos de una democracia. Estas recomendaciones sobre los conocimientos de Economía que debería tener la población parecen ser un punto de encuentro para los especialistas tanto en Economía como en Pedagogía, pero no así en el método de impartición.

Si respondemos a para qué debemos mejorar la capacitación ciudadana en estas materias, unos especialistas responderán que así mejoraría el capital humano de un país, con su consiguiente aumento de la productividad y la mejora de la competitividad de la econo-

mía. [La Ley Orgánica 8/2013, de 9 de diciembre, para la mejora de la calidad educativa \(LOMCE\)](#)³ introduce una visión economicista en la educación española, en la que el emprendimiento, que muchos consideran la panacea del futuro más cercano, es el eje transversal de la educación primaria y secundaria. No hace falta recordar que los currículos oficiales tienden a reproducir los sistemas económicos que los sustentan, y ésta no iba a ser una excepción, aunque de forma muy poco disimulada. En oposición a esta visión tan reduccionista de la educación, están, estamos, aquellos que le exigimos a la educación que forme a ciudadanos libres y que participen de la sociedad democrática de forma activa.

La adaptación de los contenidos educativos a las necesidades del mercado es reducir nuestra visión de las funciones educativas. Siguiendo el criterio mercantilista predominante, vamos a formar a personas que participen en el capitalismo, pero sin capacidad de crítica y dejándolas a merced de lo que gobernantes y directivos de grandes empresas decidan.

Claro que uno no puede quedarse indiferente ante lo que está ocurriendo, y dado que la visión neoliberal ha entrado en el currículo, al menos como docentes deberíamos plantearnos nuestra complicidad con este planteamiento. La metodología utilizada cuando se explican las materias puede crear de la misma manera conciencias críticas, y a mi parecer, es de vital importancia no renunciar a este objetivo.

Mejorar la alfabetización económico-financiera de una sociedad no es adoctrinar en una ideología concreta, es preparar a la sociedad a hacer frente a retos que se le están presentando. Para ello no hacía falta introducir asignaturas específicas en el currículo, pues los contenidos se enseñaban de forma transversal en asignaturas como Matemáticas, Ciencias Sociales y la desaparecida Educación para la Ciudadanía. Y es que a nuestros jóvenes, más que enseñarles valores emprendedores, habría que enseñarles valores humanos (Díez, 2014), para que, cuando entren en el sistema como agentes económicos, lo hagan de forma responsable, sin causar más daño que el inherente al propio sistema.

La educación no formal habría sido una alternativa más apropiada y suficiente para intensificar las capacidades de los alumnos en este ámbito. Cursos, programas de televisión, sensibilización pública, en mi

³ Aunque la LOMCE sólo recoge las recomendaciones que desde Europa y la OCDE han hecho a este respecto. Claramente, estas instituciones apoyan la visión mercantilista de la educación. (Martínez, 2014).

opinión, hubiesen bastado. Pero lo que sucede es que no hay voluntad de parar la “economización” de nuestras vidas, y se deja en un segundo plano nuestra ciudadanía, mientras se sube al pedestal nuestro papel como agente económico.

Y nadie puede convencerme de que educar en emprendimiento bajo valores de individualismo y competitividad es mejor para la sociedad que hacerlo en valores como la justicia, dignidad, respeto, solidaridad. Hacer frente a lo que John K. Galbraith bautizó como “economía del fraude inocente” no se consigue educando en los valores que sostienen este fraude, sino en aquéllos que lo combatan.

Referencias bibliográficas

Becker, G.S., 1991. *A Treatise on the Family*. Harvard University Press.

Candel, J.F.F., 2011. "Iniciar a los escolares en Economía no es una opción". *eXtoikos*, 103–105.

De Paz, M.A., 1999. "Lo que hay que saber". *Cuadernos de Pedagogía*, 58–63.

Díez, E.J., 2012. "Las reformas neocon de Wert: educación de desastre". *Nuestra Bandera*, 89–94.

Díez, E.J., 2013. "Metafísica empresarial Wertiana" [WWW Document]. *El País*. En: http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/12/22/actualidad/1387750378_796867.html (accessed 8.20.14).

Díez, E.J., 2014. "La cultura del emprendimiento: educar en el capitalismo". *Cuadernos de Pedagogía*, 50–53.

Drake, P., 2008. "Educación: ¿Necesitamos lecciones sobre nuestro dinero?". *Actualidad Económica*.

Gómez, J.M., 2000. "El espíritu empresarial, clave en la nueva economía". *Boletín económico de ICE, Información Comercial Española*, 5–7.

López, S., Guadaño, J.F., Durán, P.B. y de las Vacas, G.L.P., 2013. "Necesidad de medidas para impulsar la creación de las empresas de participación desde los diferentes niveles de enseñanza". *CI-RIEC - España*, 71–99.

Marco, M. y Francés, J.A.M., 2010. "La enseñanza de Economía en Secundaria Obligatoria y Bachillerato: un factor estratégico pendiente de desarrollo". *Economistas*, 28, 25–34.

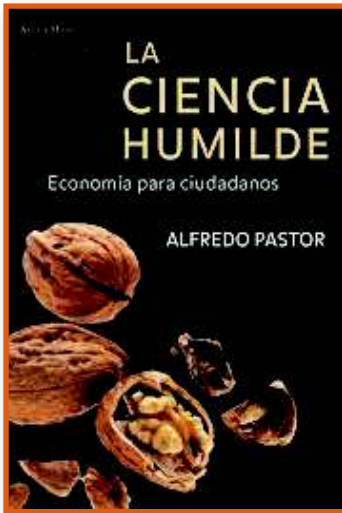
Martínez, C.R., 2014. "Mercantilización de la educación y domesticación de la sociedad". *Cuadernos de Pedagogía*, 54–57.

Santiago, T., 2010. "Aprender/enseñar economía para entender/explicar lo que pasa". *Educación*(nos), 11–13.

Travé, G., 1999. "Enseñar economía: demanda social y necesidad individual". *Cuadernos de Pedagogía*, 44–48.

ALFREDO PASTOR, *LA CIENCIA HUMILDE. ECONOMÍA PARA CIUDADANOS*,
ARES Y MARES, CRÍTICA, BARCELONA, 2010.

María Jesús Vara (Universidad Autónoma de Madrid)



Es evidente que las relaciones económicas condicionan el funcionamiento del mundo y, nos guste o no, impregnan una buena parte de nuestra actividad cotidiana. Así, parece útil adquirir ciertos rudimentos económicos, aunque sólo sea a nivel de usuario, casi por el mismo mo-

tivo que hemos ido aprendiendo a manejar dispositivos electrónicos, porque son indispensables para desenvolvernó en el tiempo que nos ha tocado vivir.

Alfredo Pastor tiene una dilatada experiencia profesional en distintos ámbitos. Ha trabajado en el sector privado, en el Ministerio de Economía durante algunos gobiernos socialistas y como docente explicando Macroeconomía en distintas escuelas de negocios. Dice expresamente que con este libro le gustaría eliminar los posibles recelos que tengan los lectores para acercarse a esta disciplina, transmitiéndoles la idea de que la Economía es fácil. Así, este libro va dirigido a personas no iniciadas en Economía y su terreno es el de la divulgación. Su estilo es ameno, claro y sencillo, lo cual no significa que esté vacío de contenido. Por el contrario, los conocimientos que aporta no sólo son rigurosos, sino que animan a formular preguntas, suministran herramientas de análisis, apoyan la reflexión y permiten elaborar argumentos consistentes.

Con más frecuencia de la que sería deseable, en los libros de Economía se oculta al lector la perspectiva desde la que se están contemplando los fenómenos económicos. De hecho, se ha extendido el error (interesado) de que hay una sola mirada válida sobre la Economía que es universal, técnica y neutral. Eso no ocurre en este libro. La introducción expone abiertamente las intenciones del autor y el enfoque que ha guiado la redacción del texto. Cualquier persona, no sólo los expertos, necesita comprender las implica-

ciones individuales y sociales de la evolución del empleo, de la política fiscal, de la distribución de los ingresos, de las burbujas financieras, de la competencia internacional y de otros muchos asuntos. El libro quiere aportar respuestas incidiendo en dos sentidos, por un lado, previniendo al lector contra los tópicos, y, por otro, poniendo el foco sobre los grandes temas económicos, que a juicio del autor son: la combinación adecuada de intervención del Estado y leyes del mercado y la distribución mundial de la renta.

A lo largo de doce capítulos se abordan los fenómenos económicos claves en el funcionamiento interno de cualquier país y otros que caracterizan la dimensión internacional de las relaciones entre países. La explicación se acompaña de ejemplos tomados de la realidad que facilitan la comprensión. Al final de cada capítulo se ofrece una breve bibliografía comentada para estimular el interés por ampliar lo aprendido.

Los dos primeros capítulos proporcionan una visión general sobre el crecimiento económico y el cálculo de las magnitudes macroeconómicas que lo miden. A partir de datos internacionales, el texto comenta la evolución histórica del crecimiento mundial, describiendo las diferencias entre economías desarrolladas y no desarrolladas. También se indican las explicaciones que distintas tradiciones de pensamiento económico han aportado sobre las bases que impulsan los aumentos productivos. Por otra parte, se exponen las interrelaciones de los distintos agentes a través del flujo circular de la renta y se desmenuzan las medidas del PIB, el ahorro, la inversión y la distribución de la renta.

El tercer y el cuarto capítulo se ocupan de los llamados desequilibrios internos: inflación y paro, aclarando sus definiciones y métodos de cálculo. A continuación se analiza el impacto que tienen en la vida económica. Resultan interesantes las reflexiones dedicadas a exponer por qué los países dedican tantos recursos al control de la inflación y en qué contextos los distintos agentes se ven perjudicados por las subidas de precios. En la parte dedicada al mercado de trabajo, el centro de atención se coloca en las

dificultades para generar empleo y en el enorme problema que significa en todos los países el drama del paro. El análisis no olvida las referencias a las pérdidas de derechos laborales sufridas desde la crisis económica de los años setenta y las tendencias a favor de la desregulación y las llamadas eufemísticamente reformas estructurales, que se traducen en flexibilidad laboral, merma de salarios y precarización del empleo.

Los capítulos quinto y sexto se ocupan de las políticas monetaria y fiscal respectivamente. Los conceptos y las variables están explicados de manera comprensible, muy didáctica, algo que no es tan sencillo. Se exponen los componentes de los balances del Banco Central y de los bancos comerciales, así como las variables de control que maneja la autoridad monetaria y las limitaciones que cada una tiene para favorecer los objetivos de la política monetaria. Por la parte del presupuesto público, se describen los rasgos de los impuestos y del gasto, planteando los márgenes de maniobra que unos y otros permiten en las decisiones de los gobiernos.

Los capítulos 7 y 8 tratan asuntos relativos a la inserción exterior mediante el análisis de la balanza de pagos y del tipo de cambio. Como en los casos anteriores, la explicación de los conceptos, los componentes y las variables de medida se hace de manera sencilla y clara. A partir de ahí, se formulan los pros y contras de cada herramienta, se plantean preguntas de calado sobre las opciones gubernamentales de política comercial y cambiaria y se muestran los retos a los que se enfrentan los países en sus relaciones exteriores.

Los capítulos 9 y 10 se dedican a las crisis financieras, abordando el segundo de ellos de manera específica la crisis actual. El punto de partida es que las crisis y las burbujas no son esporádicas, sino periódicas. Al igual que los ciclos, son consustanciales al funcionamiento del sistema económico capitalista, que es el sistema en el que se desenvuelve la actividad económica mundial. Los mercados financieros se caracterizan por su inestabilidad y dan lugar a burbujas y crisis frecuentes. Con base en las aportaciones de Hyman Minsky, se explica la evolución de las distintas fases que configuran una burbuja financiera, subrayando que, con algunos matices, ese esquema analítico permite explicar la formación de cualquier categoría de crisis: cambiaria, de pagos y bancaria. El texto plantea la dificultad de prevenir las crisis y, por el contrario, la facilidad con la que se contagian. El problema de los desequilibrios financieros es que no sólo afectan a quienes han estado especulando con los activos sobrevalorados, sino que transmiten efectos in-

deseados a la economía real y a personas ajenas por completo a dichas operaciones.

El undécimo capítulo, titulado “La globalización”, plantea que la integración de las distintas economías en un mercado mundial es un proceso irreversible. A través de la evolución del comercio internacional, extrae algunas lecciones útiles para que los países aprovechen las ventajas de la inserción exterior y eviten posibles tropiezos. Aplica esas sugerencias a los casos de China y Europa, como ejemplos de economías cuyos niveles opuestos de desarrollo no implican a priori impactos de la globalización con ventaja o perjudiciales y, sin embargo, pueden obtener resultados muy distintos según cómo los afronten.

El libro se cierra con un capítulo dedicado a las cuestiones que el autor considera claves en la realidad económica: el dilema Estado-mercado y la distribución mundial de la renta. Analiza tanto las funciones del Estado como los requisitos para que un mercado se organice de manera eficiente y subraya los fallos en los que el mercado incurre con cierta facilidad. Se ocupa también de explicar la desigualdad que genera el sistema y el debate permanente entre la búsqueda de eficiencia y de equidad. En definitiva, se trata de plantear dónde están los límites de la regulación y de la liberalización. La defensa de una u otra posición obedece a razones de distinta índole, muchas de ellas de contenido ideológico. La experiencia, no obstante, concluye el autor, indica que las necesidades individuales y sociales se satisfacen mejor con la contribución de la intervención estatal y de las leyes del mercado; lo difícil es precisar cuál es la proporción adecuada de cada uno de esos componentes.



Dossieres EsF, nº 15, Otoño de 2014
La enseñanza de la Economía